

Ellul y Baudrillard. Dos miradas sobre lo humano dentro de la hiperrealidad técnica.



Trabajo de fin de Máster

Facultad de Filosofía

Doble Máster Universitario en Filosofía y Cultura Moderna y Profesorado de Enseñanza Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Formación Profesional y Enseñanza de Idiomas, curso 2022-2023

Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política

Tutor: Dr. José Antonio Marín Casanova

Alumno: Rafael Algaba Torrealba

Resumen

El objetivo principal de este trabajo consiste en un análisis de las características vitales del ser humano dentro del cosmos técnico. En particular, se establece la noción de Técnica como *Lebensform* según el modelo propuesto por Wittgenstein en *Investigaciones filosóficas*. A partir de dicho modelo, se realiza una descripción pormenorizada sobre el monopolio ejercido por la Técnica en la totalidad de dimensiones humanas a lo largo de la vida. A través de los estudios elaborados por Jean Baudrillard y Jacques Ellul, se problematizan las consecuencias de dicho monopolio sobre el individuo, la sociedad y el mundo actual. Se concluye señalando los límites del concepto tradicional de libertad humana en la nueva hiperrealidad técnica y proponiendo una analogía correspondiente al mundo del videojuego para, finalmente, refutar las críticas que señalan como deterministas las posturas planteadas en nuestros análisis.

Palabras clave: Técnica, Hiperrealidad, libertad, Ellul, Baudrillard, sistema técnico.

Abstract

The main objective of this work consists in an analysis of the vital characteristics of the human being within the technical cosmos. In particular, the notion of Technique as *Lebensform* is established based on the model proposed by Wittgenstein in *Philosophical Investigations*. Based on this model, a detailed description of the monopoly exercised by the Technique in all human dimensions throughout life is made. Through the studies carried out by Jean Baudrillard and Jacques Ellul, the consequences of this monopoly on the individual, society and the current world are problematized. It concludes by pointing out the limits of the traditional concept of human freedom in the new technical hyperreality and proposing an analogy corresponding to the world of videogames to, finally, refute the criticisms that point to the positions raised in our analyzes as deterministic.

Keywords: Technique, Hyperreality, freedom, Ellul, Baudrillard, technical system.

ÍNDICE:

1. INTRODUCCIÓN.....	4
PRIMERA PARTE: TÉCNICA COMO <i>LEBENSFORM</i>.....	7
2. LENGUAJE, DESEO Y CUERPO. UN DIÁLOGO A TRES: ELLUL, BAUDRILLARD Y WITTGENSTEIN.....	8
SEGUNDA PARTE: LAS TRES EDADES DEL SER HUMANO EN EL MUNDO DE LA TÉCNICA.....	19
3. LA PRIMERA EDAD.....	20
3.1. La escuela.....	20
3.2. Orientación profesional.....	22
4. LA EDAD ADULTA: LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS.....	24
4.1. Fragmentación del trabajo, fragmentación del individuo, fragmentación de la sociedad.....	27
4.1.1. <i>Divide et impera</i>	27
4.1.2. <i>Conivnctis viribus</i>	29
4.1.3. La ubicuidad ausente del trabajo.....	31
4.1.4. El trabajo codificado.....	34
4.2. El ocio.....	36
4.2.1. El nuevo Tiempo.....	38
4.2.2. El empleo del tiempo.....	39
4.2.3. “La fábrica de sueños”.....	40
4.2.4. Deporte.....	46
4.2.5. Tiempo y derroche.....	48
5. LA TERCERA EDAD.....	50
TERCERA PARTE: LA LIBERTAD DENTRO DE LA HIPERREALIDAD TÉCNICA.....	56
6. UNA LIBERTAD DIRIGIDA.....	57
7. DETERMINISMO TECNOLÓGICO.....	60
8. CONCLUSIONES.....	62
9. BIBLIOGRAFÍA.....	66

1. INTRODUCCIÓN

El TFM que se presenta a continuación supone, dentro de los límites formales del propio trabajo, una síntesis de las cuestiones intelectuales que mueven mi interés por la Filosofía. Muchas de estas cuestiones han ido oscilando a lo largo de mi vida, pero siempre ha prevalecido una: La cuestión sobre el ser humano.

Lejos de una perspectiva esencialista, mi interés radica en el denominado “ser humano común”, enmarcado en la cotidianeidad del momento que le ha tocado vivir, en su *Lebenswelt* en terminología husserliana. El humano como ser que piensa, que hace, que desea, que sufre y que muere.

Sentadas estas bases y centrado en la búsqueda de ese “momento”, la asistencia a las clases del que ahora es tutor de este trabajo fueron ciertamente reveladoras a la hora de poner el foco en las cuestiones fundamentales de las que trata este estudio. Como bien afirma: «[...] el tema de nuestro tiempo, no es otro que el *factum* neotecnológico» (Marín-Casanova, 2018a: 1444).

En esas mismas clases aparecieron nombres como el de Jacques Ellul, autor totalmente desconocido para mí, cuyos estudios han supuesto el eje vertebrador de este trabajo.

Este autor, injustamente poco reconocido en Europa, fue uno de los pensadores que tuvo una comprensión profunda de las contradicciones y los fundamentos inestables que caracterizan el período de posguerra, un tiempo lleno tanto de optimismo como de miedo. Su viaje intelectual se enfocó en entender la dirección de la historia en su propia época, un proceso que lo llevó más allá de las ideas y dogmas dominantes de su tiempo. Ellul formó parte de un movimiento intelectual en el siglo XX que investigó la conexión entre Filosofía y Ciencia, alejándose del cientificismo a fin de examinar la cultura científica y tecnológica. Este análisis incluyó una reevaluación del significado antropológico del avance tecnocientífico, de la responsabilidad de los científicos e ingenieros al intentar manipular el mundo natural y social, y de las actitudes metafísicas que sustentan la creencia moderna en la ciencia y la tecnología. Junto a otros pensadores, entre ellos Edmund Husserl, Lewis Mumford, Hannah Arendt, Günther Anders, Hans Jonas e Ivan Illich, Ellul fue uno de los primeros en reformular la tecnología como un problema ético. Cada uno sostuvo de manera única que la modernidad no tenía los medios para comprender el poder para el bien y el mal desencadenados a través de la tecnociencia (Jeronimo et al., 2013: 2).

Por otra parte, producto de la lectura y reflexión sobre los estudios referentes a estas cuestiones, el análisis de las obras de Jean Baudrillard ha supuesto el refuerzo necesario para las tesis planteadas en este trabajo. Las investigaciones del filósofo y sociólogo francés sobre la sociedad actual de masas, el consumo, la hiperrealidad o el simulacro, aplicadas a lo largo de su extensa obra a todas las dimensiones de la vida humana, han contribuido a actualizar y matizar muchas de las propuestas planteadas en el corpus elluliano.

Finalmente, derivado del interés filosófico que suscita el fenómeno técnico y sus implicaciones a nivel planetario, la tarea de los investigadores sobre esta temática general y de los autores de este trabajo en particular, han enriquecido los contenidos de este estudio.

La labor de recepción y exégesis de autores contemporáneos e hispanoparlantes como Almazán, Marian, Parente o Linares ha sido trascendental a la hora de elaborar este trabajo. Su presencia a lo largo de estas páginas da testimonio de ello.

Identificados los objetivos y los autores de referencia, me centré posteriormente en la estructuración del trabajo. Para ello, hemos recurrido en un primer lugar a la diferenciación que hace el propio Ellul sobre las esferas en las que interviene el fenómeno técnico, siendo el denominado tercer sector el objeto principal de nuestro estudio: La Técnica del ser humano. A su vez, de los elementos extraídos de estos análisis, la propia sistematicidad del pensamiento del autor permitió relacionarlos con las otras dos esferas que el mismo describe como son la Técnica económica y la Técnica de la organización (Ellul, 2003: 26-27), proporcionándonos así una perspectiva de conjunto del denominado sistema técnico.

Dicho esto y centrándonos en el despliegue del trabajo, encontramos en la primera parte un análisis de la Técnica elluliana dentro del modelo de *Lebensform* planteado en las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Junto con las aportaciones de Baudrillard, se elabora un estudio acerca de cómo la Técnica ha penetrado en las capas más íntimas de la naturaleza humana. Con este propósito, los estudios de Francisco Leocata sobre las implicaciones técnicas del lenguaje en la propuesta wittgensteiniana, al igual que la importancia de la afectividad y la corporalidad dentro de su noción de *Lebensform*, nos ha permitido relacionar todos estos términos con las hipótesis de Ellul y Baudrillard. Del primero de los autores, hemos incidido en su perspectiva acerca de la constitución totalizadora e integradora de la Técnica en todas las esferas del ser humano centrándonos, como hemos comentado anteriormente, en el lenguaje, el deseo y el cuerpo. Mientras que del segundo pensador, hemos aplicado a nuestro estudio sus análisis sobre la aniquilación simbólica que ejerce la Técnica a través del desarrollo de las sociedades hiperconsumistas, esto es: el simulacro del lenguaje, el simulacro del deseo, el simulacro del cuerpo y la consecuente transformación de estos en mercancía dentro del sistema.

La segunda parte del TFM se corresponde con el análisis biográfico del “ser humano común”, al que hicimos alusión al principio de esta introducción, enmarcado dentro de la sociedad técnica. Esta decisión estructural se ha basado en una doble premisa.

En primer lugar, se tomó como referente a Ortega cuando afirma en *Meditación de la técnica* que: «Si recapacitan ustedes un poco hallarán que eso que llaman su vida no es sino el afán de realizar un determinado proyecto o programa de existencia. Y su “yo”, el de cada cual, no es sino ese programa imaginario» (Ortega y Gasset, 1968: 46-47).

De esta forma, el proyecto de cada uno que nos propone Ortega queda totalmente eliminado, puesto que se haya prefigurado y dirigido, dentro del sistema técnico elluliano y de la hiperrealidad de Baudrillard.

La otra premisa surge de la propia metodología de Ellul y que se explicita por John Wilkinson en la introducción de la edición inglesa de la obra: *La sociedad tecnológica*. Wilkinson toma a su vez los comentarios del historiador danés de la filosofía Harald Hoeffding sobre la *Fenomenología* de Hegel para establecer una analogía entre los planteamientos de ambos autores. Así:

El curso del desarrollo descrito en este trabajo único es a la vez el del individuo y el de la raza; da al mismo tiempo una psicología y una historia de la cultura, y en la exposición las dos están tan entrelazadas que a menudo es imposible decir a cuál de las dos se refiere. [...] El penetrante comentario de Hoeffding vale también para el libro de Ellul. (Ellul, 1964: 11)

De esta forma, ambas premisas nos permiten hacer extensiva la vivencia del “ser humano común” a “la humanidad común”, derivada de las propias condiciones de universalidad, autonomía, totalización, racionalidad y unidad que impone el sistema técnico.

Siguiendo estos planteamientos, la segunda parte se divide en las denominadas tres edades del ser humano siguiendo el relato mítico de Edipo.

En la primera de ellas, que engloba la niñez y la adolescencia, abordamos el impacto de las técnicas educativas y de orientación profesional en el estudiante al igual que su progresiva adecuación a los estándares del sistema técnico y la sociedad de consumo.

En el segundo capítulo, centrado en la edad adulta, se concibe dicha etapa dentro de los fenómenos del trabajo y el ocio. La tecnificación de ambos elementos, desde la perspectiva tanto de Ellul como de Baudrillard, ha transfigurado ambas esferas de la vida en algo totalmente distinto del fenómeno original. Nuestros análisis inciden tanto en la conversión de los componentes tradicionales en código técnico como en la modificación de las nociones espacio-temporales que componen dichas dimensiones en la vida humana.

El tercer y último capítulo de esta parte, corresponde a un estudio sobre la tercera edad dentro de la sociedad técnica propuesta por los autores. En esta sección se pone el foco en la corporalidad, en la enfermedad y en la muerte del ser humano. Todos estos fenómenos se hallan íntimamente relacionados dentro de las dinámicas de consumo planteadas por Baudrillard en sus estudios, suponiendo tanto una des-ritualización de la muerte como una mercantilización del cuerpo.

Finalmente, hemos dedicado la última parte a la elaboración de una investigación sobre la noción de libertad que implica el sistema propuesto por ambos autores a lo largo de sus obras.

El primer capítulo establece una analogía entre la libertad presente en nuestro mundo tecnificado y la libertad del jugador en las realidades virtuales planteadas en los videojuegos. Esta perspectiva nos permite aunar las posturas de Ellul y Baudrillard y complementarlas con las aportaciones de autores actuales que han abordado el fenómeno video-lúdico.

El capítulo final de este apartado señala el reduccionismo presente en la catalogación de Ellul como determinista tecnológico al igual que la importancia que tiene para dicho autor la concienciación, rebelión y transformación del mundo tecnológico como acto de libertad.

PRIMERA PARTE:

TÉCNICA COMO *LEBENSFORM*

2. LENGUAJE, DESEO Y CUERPO. UN DIÁLOGO A TRES: ELLUL, BAUDRILLARD Y WITTGENSTEIN

En esta primera sección de nuestro trabajo nos valdremos de las aportaciones del segundo Wittgenstein a la hora de construir nuestro discurso sobre la constatación de la técnica como nuestra actual y “casi” única *Lebensform*.

Con este propósito, tomamos el volumen de *Persona, lenguaje y realidad*; como obra de referencia. En dicho libro, Francisco Leocata reserva al capítulo: *El lenguaje como técnica en Wittgenstein* a establecer la relación entre los postulados lingüísticos del autor y su correspondencia con el fenómeno técnico.

El uso de este modelo y terminología no pretende circunscribir el corpus filosófico de ambos autores a un patrón, sino más bien, enriquecer la comprensión de nuestro particular punto de vista sobre el fenómeno de la técnica en nuestros días y la noción de este como *Lebensform* único en el mundo tecnificado.

Siguiendo las investigaciones de Parente, en la conceptualización de técnica como *Lebensform*, tenemos que «el “mundo” en el cual se inserta una acción técnica o un artefacto particular es un “mundo cultural”, es decir, uno constituido por una red de significados» (Parente, 2010: 113).

Con el fin de sostener nuestro punto de vista, tomamos las aportaciones de Winner con respecto a su concepción de técnica como *Lebensform* planteada en *Autonomous technology*, donde afirma:

Las partes más importantes del orden tecnológico [...] no se encuentran, de todos modos, en la estructura física del aparato. [...] las tecnologías a que hacemos referencia son en realidad formas de vida –pautas de conciencia y conducta humanas adaptadas a un fin racional y productivo-. (Winner, 1979: 326 como se citó en Parente, 2010: 114)

Además, en el propio libro de Parente, se recogen las aportaciones de Castoriadis al respecto. De esta forma, los objetos tecnológicos se hallan inmersos dentro de un conjunto técnico que a su vez contempla, como condición de posibilidad de aparición de dichos objetos, el contexto socio-económico. La red de significaciones, que constituyen los sistemas técnicos actuales, excluye la instrumentalidad como elemento primero de la técnica al igual que la concepción neutral de esta (Parente, 2010: 115).

Con estas contribuciones, la propuesta no se halla carente de fricciones puesto que «en rigor, defender una concepción de tecnología como *Lebensform*, esto es, como forma de organizar la actividad humana, impide asignar neutralidad al conjunto técnico imbricado en la cultura» (Parente, 2010: 118). Pero, como veremos a lo largo de nuestro trabajo, el sistema técnico que propone Ellul en ningún caso es neutral, de lo que se deduce que la propuesta es aplicable.

Como despliega el propio autor en *El sistema técnico*:

Para mí la no-neutralidad de la Técnica significa que esta no es un objeto inerte e ingrátido, un objeto que un ser humano soberano puede utilizar de cualquier modo y orientar en cualquier dirección. La Técnica lleva implícita una serie de

consecuencias, constituye una determinada estructura, unas exigencias concretas, y por tanto conlleva una serie de modificaciones en el ser humano y en la sociedad. Todo ello, nos guste o no, se impone sobre nosotros por la fuerza. (Ellul, 1980: 108)

Añade también, en la misma obra, las aportaciones de su amigo y también filósofo B. Charbonneau donde se afirma que la tecnología: «No es neutral; parece neutral sólo cuando se nos impone automáticamente. Lo que confundimos con la neutralidad de la tecnología es simplemente nuestra neutralidad hacia la tecnología» (Ellul, 1980: 107).

Cerramos nuestra justificación sobre la postura tomada con respecto a la técnica como *Lebensform* del análisis de la obra elluliana realizado por Almazán y sintetizado en su artículo *El sistema técnico en la obra de Jacques Ellul*:

La relación de la Técnica con el ser humano es quizá la más paradójica. Por un lado, el buen funcionamiento del Sistema Técnico tiene en el ser humano una condición inexcusable. Sin embargo, la variabilidad y elasticidad humanas son factores que perturban el funcionamiento normal de dicho Sistema. De ahí que surja la necesidad de moldear al hombre para que se adecue a la Técnica y desempeñe su labor de supervisor y motor del movimiento Técnico lo más eficientemente posible. Ellul llega a afirmar: «No hay técnica posible en un hombre libre». Para él las Técnicas que tienen como objeto al ser humano se encargarán de quebrarlo, de borrar su autonomía y su espontaneidad. Al fin y al cabo, dirá: «la combinación hombre-técnica es sólo exitosa si el hombre no tiene ninguna responsabilidad». Y en un mundo como el nuestro, en el que la supervivencia depende de la participación en unas estructuras sociales en gran medida integradas en el Sistema Técnico, este tipo de asociación es difícil de evadir. (Almazán, 2016: 71)

Concluida la justificación, pasamos a los análisis de Leocata sobre el Wittgenstein de las *Investigaciones lógicas*, en el que, enmarcado entre los años 30 y 50 de nuestro anterior siglo, las corrientes vitalistas y pragmatistas se hacen más explícitas en el autor y donde, frente al modelo de imagen del universo basado en la lógica formal, se impone la noción de técnica; ya sea en «[...] referencias al carácter instrumental de las palabras, a las técnicas del uso diverso del lenguaje, comparaciones de los términos con piezas de un artefacto o de un juego de variables matemáticas» (Leocata, 2003: 177).

Así, los propios Ellul y Baudrillard a lo largo de sus respectivas obras dan cuenta de la importancia del dominio que hace la técnica en el lenguaje como forma de totalización del discurso en el sistema.

Las palabras del autor sobre la postura wittgensteiniana arrojan luz sobre el tema propuesto. Al conceptualizar el habla como acción, e ilustrando dicha concepción con un gran número de analogías entre palabras y utensilios, el pensador alemán incorpora la técnica a su noción de forma de vida, situándola como condición de su despliegue (Leocata, 2003: 191-192).

Para ejemplificar tal fenómeno, el autor toma los ejemplos expresados en la *Investigaciones filosóficas* como pueden ser el de los juegos de fichas o ajedrez, como realización de pautas establecidas. Remarcable también, en la asimilación del lenguaje

como seguimiento de estas reglas, está el uso de las nociones que confrontan el aprendizaje por explicación (*Erklären*) del adiestramiento (*ein Abrichten*). Pese a que estas nociones se abordarán con más detenimiento tanto en la escuela, el trabajo o el ocio, no podemos dejar de señalar la impronta que tienen estos términos en los sistemas propuestos por Ellul y Baudrillard, con respecto a la instrucción técnica y consumista que se realiza durante toda la etapa de la vida humana en sus diferentes fases.

Si bien afirma Wittgenstein: «Construimos lenguajes ideales» (Wittgenstein, 1988: 81 como se citó en Leocata, 2003: 193), recalcando la pluralidad de los juegos del lenguaje y su imposibilidad de correspondencia total con el mundo fenoménico, podemos sostener junto con Baudrillard en *Cultura y simulacro*, que el acontecimiento de la hiperrealidad ha desintegrado totalmente esa diferencia.

Como sostiene Marian: «La era de la técnica para completar su desarrollo tiene la necesidad de crear una realidad propia, distinta de la original en la medida en la que su sistema quiere ser omnipresente como superestructura física y metafísica» (Marian, 2015: 8).

La técnica ha construido mapa y territorio. Del mismo modo ha amoldado todas las dimensiones de sus habitantes que, y otra vez en terminología wittgensteiniana, se hallan en correcta «concordancia (*Übereinstimmung*)» (Leocata, 2003: 195) dentro del cosmos técnico. Tomamos este fragmento de Baudrillard, pese a su extensión, para ilustrar este punto clave de nuestro análisis:

Si ha podido parecemos la más bella alegoría de la simulación aquella fábula de Borges en que los cartógrafos del Imperio trazan un mapa tan detallado que llega a recubrir con toda exactitud el territorio [...] pero ésta es una fábula caduca para nosotros y no guarda más que el encanto discreto de los simulacros de segundo orden. Hoy en día, la abstracción ya no es la del mapa, la del doble, la del espejo o la del concepto. La simulación no corresponde a un territorio, a una referencia, a una sustancia, sino que es la generación por los modelos de algo real sin origen ni realidad: lo hiperreal. El territorio ya no precede al mapa ni le sobrevive. En adelante será el mapa el que preceda al territorio —PRECESIÓN DE LOS SIMULACROS— y el que lo engendre, y si fuera preciso retomar la fábula, hoy serían los girones del territorio los que se pudrirían lentamente sobre la superficie del mapa. Son los vestigios de lo real, no los del mapa, los que todavía subsisten esparcidos por unos desiertos que ya no son los del Imperio, sino nuestro desierto. El propio desierto de lo real. De hecho, incluso invertida, la metáfora es inutilizable. Lo único que quizá subsiste es el concepto de Imperio, pues los actuales simulacros, con el mismo imperialismo de aquellos cartógrafos, intentan hacer coincidir lo real, todo lo real, con sus modelos de simulación. Pero no se trata ya ni de mapa ni de territorio. Ha cambiado algo más: se esfumó la diferencia soberana entre uno y otro que producía el encanto de la abstracción. Es la diferencia la que produce simultáneamente la poesía del mapa y el embrujo del territorio, la magia del concepto y el hechizo de lo real. El aspecto imaginario de la representación —que culmina y a la vez se hunde en el proyecto descabellado de los cartógrafos— de un mapa y un territorio idealmente superpuestos, es barrido por la simulación —cuya operación es nuclear y genética, en modo alguno

especular y discursiva. La metafísica entera desaparece. No más espejo del ser y de las apariencias, de lo real y de su concepto. No más coincidencia imaginaria: la verdadera dimensión de la simulación es la miniaturización genética. (Baudrillard, 1978: 6-7)

Volviendo a Leocata, en el modelo wittgensteiniano se recalca el componente dinámico de los juegos del lenguaje. Las reglas, indicaciones o límites que configuran el propio juego siempre dejan apertura a la espontaneidad creativa y la innovación, siendo así que: «Un juego del lenguaje se abre a otro y la forma de vida se configura en un todo de sentido. La técnica no es un fin en sí misma, sino que está unida a la expresión de vida» (Leocata, 2003: 194).

También en la propia obra de Wittgenstein, la relación entre el lenguaje y la técnica se hace más que evidente. Como señala Leocata al rescatar este fragmento de las *Investigaciones filosóficas*:

La gramática de la palabra “saber” está evidentemente emparentada de cerca con la gramática de la palabra “poder” (*können*) “ser capaz” (*imstande sein*). Pero también emparentada de cerca con la palabra comprender (*verstehen*). Dominar una técnica (*eine Technik beherrschen*)”. (Wittgenstein, 1988: 48 como se citó en Leocata, 2003: 194)

De esta forma, y entroncándolo con el pensamiento de Ellul, el tridente de conceptos wittgensteinianos se inserta dentro de las coordenadas marcadas en *La edad de la técnica*. Dominar una técnica, siempre se basará en el criterio de eficiencia: «*The one best way*» (Almazán, 2016: 77). Consecuentemente, el fenómeno técnico excluye la pluralidad presente en el modelo de Wittgenstein.

Tras esta breve incursión en las relaciones entre el planteamiento del segundo Wittgenstein y la técnica, podemos continuar con el desarrollo detallado de nuestra propuesta.

Así, si atomizamos los elementos del lenguaje con el fin de conceptualizar nuestro planteamiento, encontramos en un primer término a la palabra como la unidad lingüística dotada de significado, como bien refiere la RAE.

Ellul establece aquí una profunda analogía al respecto, tomando la sentencia de Porter Gale Perrin: «Así como una palabra evoca una idea que no corresponde exactamente a ninguna otra palabra», un procedimiento técnico fijo genera un resultado fijo. Los métodos técnicos no son polivalentes, adaptables o intercambiables» (Ellul, 1964: 71).

Pese a que la técnica es el lenguaje universal de nuestra sociedad contemporánea, la especialización como otro de los elementos constituyentes del propio sistema bloquea la interacción entre los diferentes grupos que lo integran, siendo así que: «Todos hoy en día tienen su propia jerga profesional, modos de pensamiento y percepción peculiar del mundo» (Ellul, 1964: 107).

Pese a esta aparente pluralidad inicial que nos hace entrever un paisaje multi-técnico a nivel lingüístico, como si del relato bíblico de la torre de babel se tratara, podría parecer que el fenómeno técnico, en su despliegue, ha dado cuenta de la parábola en tanto que asimila y anula dicha especificidad bajo otra de sus características definitorias: El

monismo. De esta forma, como ya anunciamos anteriormente con respecto a la pluralidad de juegos del lenguaje: «Sólo el monismo intrínseco de la técnica asegura la cohesión entre los medios y los actos humanos. La técnica reina sola, una fuerza ciega y más clarividente que la mejor inteligencia humana». (Ellul, 1964: 83) De esta forma: «El fenómeno técnico, que abarca todas las técnicas separadas, forma un todo» (Ellul, 1964: 84).

Pese a esto, aún nos movemos en un estadio primordialmente analógico de la técnica. El ser humano del que hablamos, motivo de este trabajo, se halla en otra fase.

Una jerga, o conjunto de ellas, constituye un lenguaje particular o especial. Por su propia lógica, la técnica tiende a la universalización. De esta forma, el fenómeno no puede restringirse a un ámbito del quehacer técnico humano (por mucho que este ámbito englobe prácticamente la totalidad de la vida), a una profesión o a un campo epistemológico. Debe extenderse a TODO por su propia constitución auto-creciente.

Tomemos ahora al Baudrillard de *La ilusión vital* donde sostiene que: «El mismo lenguaje nunca significa lo que quiere decir; siempre significa algo más, a través de su irreducible y ontológica ausencia de sí mismo» (Baudrillard, 2010: 40). Pero actualmente, el proceso de informatización, digitalización y ciberneticización del mundo han sellado de manera definitiva la relación parasitaria entre lenguaje y técnica. A este respecto Marian sostiene:

El lenguaje cambia y se convierte en una relación lógica, en códigos, digitalizándose, donde la omnipresencia numérica lo absorbe todo. La función de la técnica es la de destruir el lenguaje para reducirlo a su forma más simple, quitándole todo el poder de su ambigüedad. El lenguaje queda reducido y simplificado a través de su transformación en códigos y cifras que los nuevos procesadores pueden manejar a velocidades inimaginables para la mente humana. En la sociedad técnica tenemos la aparente posibilidad de la palabra, pero con un lenguaje que no es el nuestro, con unos códigos a los que tenemos que acostumbrarnos. El álgebra se convierte en el nuevo lenguaje universal. La reflexión, elemento fundamental del pensamiento dialéctico, no puede ser adoptada por el tiempo de la técnica. (Marian, 2020: 168)

Concluyendo de esta forma que: «El lenguaje debe asumir una objetividad que le permita corresponder a la objetividad del sistema tecnológico [...]» (Ellul, 1980: 81).

Una vez más, en lo referido al universo técnico podemos postular, junto con Almazán, que: «[...] lo que antes aparecía como subordinado pasa a ser el elemento rector y el demiurgo del resto de formas y relaciones sociales» (Almazán, 2016: 185).

Mediante la implementación de inteligencias artificiales en este nuestro nuevo cosmos, tanto lenguaje como pensamiento quedan trastocados indefectiblemente. Tanto la progresiva ciberneticización de las dimensiones vitales como la implementación de las inteligencias artificiales suponen cercos para la libertad y para la emotividad humana. La humanidad se ha convertido en algo artificial para la nueva hiperrealidad técnica, la mirada de características del ser humano es contemplada como defectuosa para el propio sistema. Esta nueva realidad se basa en criterios estrictamente técnicos dentro de los que no está incluida nuestra constituyente imperfección. (Marian, 2020: 170-171)

Se culmina así, en el despliegue técnico en general y en el desarrollo y expansión informático en particular, la transformación del denominado *Lebenswelt* en «tecnomundo» (Echeverría, 2018).

Siguiendo con nuestra exposición, estos apartados anteriores entroncan necesariamente con el concepto de estandarización técnica de la que nos hablará Ellul en la misma obra. Sintetizamos y presentamos sus axiomas fundamentales, a fin de dar una perspectiva general de su impronta en el nuevo lenguaje tecnificado:

- La estandarización per se es una tecnología universal.
- El lenguaje tiene que ser estandarizado.
- Se deben estandarizar las facultades intelectuales, los intercambios intelectuales y, por supuesto, todas las tecnologías, así como las actividades de investigación y sociales.
- La estandarización produce precisión, simplicidad, eficiencia, universalidad.
- Se excluye el poder inherente del hombre de simbolizar
- Todo consumo es simbólico.
- El sistema tecnológico es un universo real, que se constituye como un sistema simbólico. (Ellul, 1980: 123-124)

Este último punto nos permite enlazar la perspectiva elluliana con los análisis de Baudrillard referentes a la sociedad del consumo. Pese a sus críticas al estructuralismo¹, no podemos dejar de remarcar la profunda interrelación entre sus teorías, máxime en los puntos al respecto de la tecnificación simbólica del consumo y donde entra en juego su lenguaje fundamental: La publicidad.

Así:

[...] probablemente la publicidad sea el medio masivo más notable de nuestra época. Así como, al hablar de tal o cual objeto, glorifica virtualmente todos los objetos, así como, a través de tal o cual objeto, de tal o cual marca, habla en realidad de la totalidad de los objetos y de un universo totalizado por los objetos y las marcas, la publicidad apunta, a través de cada consumidor, a todos los demás, con lo cual simula una totalidad consumidora y retribaliza a los consumidores en el sentido McLuhaniano del término, es decir, a través de una complicidad, una colusión inmanente, inmediata, en el nivel del mensaje, pero sobre todo en el nivel del medio mismo y del código. Cada imagen, cada anuncio impone un consenso, el consenso de todos los individuos virtualmente convocados a descifrarla, es decir, decodificando el mensaje, a adherirse automáticamente al código en que el anuncio ha sido codificado. La función de comunicación masiva de la publicidad no procede pues de sus contenidos, de sus modos de difusión, de sus objetivos manifiestos (económicos y psicológicos) ni tampoco de su volumen ni de su público real (aun cuando todo esto tiene su importancia y le sirve de apoyo), procede, en cambio, de su lógica misma de medio autónomo, es decir, de un medio que no remita a objetos reales, a un mundo real, a un referente, sino que remite de un signo al otro, de un objeto al otro, de un consumidor al otro. [...] Podríamos analizar cómo el lenguaje mismo, sistema simbólico, llega a ser un medio masivo

¹ Ellul, 1980: 12-13-32-36-37-81-230.

en el nivel de la marca y del discurso publicitario. En todas las esferas, la comunicación de masas se define en virtud de esta sistematización en el nivel del medio técnico y del código, en virtud de la producción sistemática de los mensajes, no a partir del mundo, sino a partir del medio mismo. (Baudrillard, 2019: 219-220)

Concluyendo Ellul, dentro del sistema técnico, en que: «La publicidad es una tecnología, indispensable para el crecimiento tecnológico y destinado a proporcionar al sistema su legitimidad» (Ellul, 1980: 103).

Si desandamos un poco el camino, y volviendo de nuevo a Wittgenstein, ejemplifica Leocata que: «El juego del lenguaje, vivificado por una forma vital, está embebido de sentimiento (*Gefühl*). El lenguaje no es una mera transmisión de una estructura lógica, sino la intercomunicación de estados afectivos» (Leocata, 2003: 181).

Este punto nos permite abordar la escurridiza naturaleza del deseo. Mucho se ha estudiado este componente de la naturaleza humana y no es motivo de nuestra labor el escudriñarlos más allá de su utilización por parte del sistema técnico. En nuestro caso particular, enmarcado dentro del lenguaje publicitario.

Si según nuestro diccionario, podemos catalogar el deseo como un movimiento afectivo hacia algo que se apetece, podemos circunscribirlo dentro de nuestra temática con palabras del propio Ellul, ya que los nuevos medios técnicos y tecnológicos permiten dirigir el deseo, no solo del individuo sino de colectivo social. Ese mismo colectivo, a su vez, demanda la consecución de ese deseo dirigido. (Ellul, 1980: 27)

Esto tiene su ejemplificación dentro de las corrientes psicoanalíticas, en la manipulación comportamental de los individuos y las sociedades basadas en sus particulares doctrinas.

De ese modo, podemos sintetizar las siguientes proposiciones al respecto:

- Toda técnica, y sobre todo toda técnica humana, hace un llamamiento fundamental al inconsciente.
- El inconsciente tiende, por tanto, a jugar un papel cada vez más importante en la conducción de la vida humana.
- Esta penetración mecánica del inconsciente indica que nada humano está exento de la influencia de la técnica. (Ellul, 1964: 285)

Esta inmersión en las profundidades del inconsciente dota a las técnicas empleadas en la publicidad de una repercusión trascendental a la hora de entender el comportamiento humano en nuestra sociedad de consumo. Ellul llegará a hablar en términos de «colectivismo psicológico» (Ellul, 1964: 287) para describir esta situación.

Pero ese movimiento consumista debe apelar a algo. El ser humano, una vez satisfechas sus necesidades primarias, necesita de un *Leitmotiv* de suma importancia para justificar su proyecto de vida, sus ansias y sus anhelos. De esta forma: «Todo el discurso sobre las necesidades se basa en una antropología ingenua: la de la propensión natural del ser humano a la felicidad» (Baudrillard, 2009: 90).

Ellul, por su parte, afirma que el propio sistema híper-consumista se basa en la creación continua de nuevas necesidades. Esta creación resulta totalmente independiente de la

estabilidad emocional o psicológica del consumidor. Así, dentro de la sociedad de consumo baudrillardiana, Ellul contribuye con sus aportaciones señalando que la noción de felicidad a la que idealmente se ve inclinado el ser humano, ya poco tiene que ver con nociones personales o tradicionales sino que se encuentra delimitada dentro de los márgenes que impone la sociedad de consumo. La propia lógica del sistema se devora así misma, como en la imagen del uróboros, formando un ciclo cerrado, pero a la vez infinito, de producción y consumo. Ellul lo resume en la siguiente sentencia, afirmando que: «La primera y gran ley es el consumo. Nada excepto este imperativo tiene algún valor en tal vida» (Ellul, 1964: 165).

Otro de los componentes de la publicidad abordados por Ellul, y que se relacionan íntimamente con los propósitos de nuestro estudio, es que la forma de esta publicidad y la inculcación de un denominado estilo de vida técnico deben basarse en la «investigación psicológica masiva» (Ellul, 1964: 286). Debemos insistir en el término masivo, pues sin él es incomprensible la descripción del modelo propuesto por ambos autores. Siempre que hablamos de necesidades, hablamos de «necesidades sociales» (Ellul, 1965: 167).

El consumidor se colectiviza en el acto, supuestamente individual, de consumo. Entendiendo que todo está perfectamente diseñado dentro del conjunto, siendo este «un sistema generalizado de intercambio y de producción de valores codificados, en el cual, a pesar de sí mismos, todos los consumidores están recíprocamente implicados. En este sentido: «El consumo es un orden de significaciones, como un lenguaje o como el sistema de parentesco de la sociedad primitiva» (Baudrillard, 2009: 138).

Así, pese a la profundidad individual a la que parece dirigirse el lenguaje publicitario actual, esto no es más que un epifenómeno de su constitutivo carácter multi-referencial e hiper-relacional, siendo que: «El valor estratégico, así como la astucia, de la publicidad es precisamente ése: llegar a cada individuo en función de los demás, en sus veleidades de prestigio social reificado» (Baudrillard, 2009: 115). Nunca hay individuo, solo se contempla la totalidad de la sociedad de consumo enmarcada dentro de los códigos del sistema técnico.

Este reduccionismo del deseo por parte de la sociedad consumista de masas que nos plantean ambos autores, cada uno a su vez con su particular perspectiva, tiene su resonancia en nuestra forma de pensar, de actuar, de sentir, en suma; de vivir. Siendo así que:

[...] el individuo devenido sujeto se ve inscrito en una cultura que pasa de un código a otro, que mezcla todos los códigos, en un deslizamiento rápido, no registrando de la misma manera el mismo acontecimiento cada vez que se produce. El sujeto se encuentra “en la orilla, sin identidad fija, siempre descentrado, deducido de los estados por los que pasa (...) el sujeto nace de cada estado de la serie, renace siempre del estado siguiente que le determina en un momento, consumiendo y consumando todos estos estados que le hacen nacer y renacer”, en la vorágine fluida en la que se ve inscrito de nuevo. Sus huellas hablan por sí mismas de ese fluido y dependiente acoplamiento con el maquinismo capitalista de la tercera fase de expansión sistémica, en una cultura del simulacro y el pastiche esquizo/paranoide, en la cual el sujeto se da, delirante, loco de deseo, inscrito e interpelado como tal. (Fernández-Bascones, 2018: 507-508)

La transfiguración que realiza la técnica a lo largo de su progreso histórico de elementos que anteriormente no formaban parte de su constitución, y que abordaremos con más detenimiento en futuros apartados, trae consigo una serie de consecuencias de gran repercusión para los seres humano dentro de ese marco histórico.

En el apartado que ahora nos ocupa, la denominada por Baudrillard: «Sociedad burocrática del consumo dirigido» (Baudrillard, 2009: 12) tiene su eco en el hecho de que, si el goce produjese la satisfacción del individuo en el acto de consumir, el acto consumado sería así autónomo y final (Baudrillard, 2009: 138), pero como hemos visto la masificación de sistema provoca una co-implicación de todos sus elementos excluyendo todo acto propio dentro de éste.

Una vez más, y tomando la terminología elluliana, la técnica impone su propia lógica artificial, racional, autónoma, indivisible y totalizadora (Linares, 2008).

En palabras de Baudrillard: «Una de las mejores pruebas de que el principio y la finalidad del consumo no son el goce es que hoy el goce es obligado y está institucionalizado, no como derecho o como placer, sino como deber del ciudadano» (Baudrillard, 2009: 141). En definitiva: «Ya no somos libres de no querer. Hay que querer incluso cuando no tenemos ganas» (Baudrillard, 2006: 12).

Retrocedamos en este último punto, una vez más, con la propuesta wittgensteiniana.

En las *Investigaciones filosóficas* se postula que: «El cuerpo humano es la mejor figura del alma humana» (Wittgenstein, 2015: 392 como se citó en Hugo, 2019: 40). Como nexo de unión con el tema que abordamos, tomamos las palabras del filósofo Francisco Leocata en las se hace hincapié en que:

[...] el lenguaje no es una mera transmisión de pensamientos, tales que podrían permanecer en el ámbito de una experiencia incommunicable, sino encarnación de una vivencia, la cual pone en acción la corporeidad, a través de gestos y palabras, y se hace de algún modo traducible o interpretable para otro. (Leocata, 2003: 185)

Tanto las palabras del pensador alemán, como las aclaraciones de su exégeta, cobran una significativa relevancia dentro de los modelos propuestos por Ellul y Baudrillard. De esta forma, encontramos en la introducción del libro: *La sociedad del consumo*, una significativa muestra con respecto a dicha relación:

El consumo se entiende, por tanto, como un proceso de significación y comunicación, que según las palabras del propio Baudrillard, reorganiza el nivel primario de las necesidades en la forma de una lengua. Los objetos, las mercancías, los bienes, los cuerpos, los servicios, incluso los mismos actos de compra, se convierten en lenguaje. (Baudrillard, 2009: 35-36)

El último punto que nos queda pues por abordar, es como se inserta el cuerpo dentro de las dinámicas lingüísticas tecnificadas en la sociedad de consumo contemporánea.

En el magnífico libro *Del órgano al artefacto* de Diego Parente, al que ya nos hemos referido con anterioridad, se abordan entre otros muchos temas la relación existente a lo largo del devenir histórico entre el cuerpo humano y la técnica. No es motivo de nuestro

trabajo analizar dichas relaciones sino centrarnos en cómo, a través del sistema técnico, nuestra sociedad entiende y trata al cuerpo humano.

En este sentido, los puntos citados con anterioridad son cruciales. Si bien Ellul dedica sendos apartados al cuerpo dentro del universo técnico, nos interesa más su perspectiva de éste dentro de la dimensión del trabajo o de la salud y que abordaremos en secciones posteriores. Pese a esto, cabe rescatar las palabras de otro pensador trascendental y que inciden, una vez más, en la naturaleza totalizadora del fenómeno técnico, componiendo este un «universo verdaderamente totalitario en el que sociedad y naturaleza, espíritu y cuerpo, se mantienen movilizados para la defensa de ese universo» (Marcuse, 2009: 48).

Por otra parte, en el capítulo titulado *El objeto de consumo más bello: El cuerpo*, Baudrillard sostiene:

En la panoplia del consumo hay un objeto más bello, máspreciado, más brillante que todos los demás y hasta más cargado de connotaciones que el automóvil que, sin embargo, resume a todos los demás: el CUERPO. Este «redescubrimiento» que, bajo el signo de la liberación física y sexual, se produce después de una era milenaria de puritanismo, su omnipresencia (y específicamente del cuerpo femenino, habrá que ver por qué) en la publicidad, en la moda, en la cultura de masas —el culto higiénico, dietético, terapéutico de que se lo rodea, la obsesión de juventud, de elegancia de virilidad/feminidad, los tratamientos de belleza, los regímenes, las prácticas sacrificiales asociadas a él, el Mito del Placer que lo envuelve — son todos testimonios de que el cuerpo hoy ha llegado a ser objeto de salvación. Ha sustituido literalmente al alma en su función moral e ideológica. Una propaganda incesante nos recuerda, según los términos del cántico, que tenemos un solo cuerpo y que hay que salvarlo. [...] el lugar que ocupa el cuerpo es un hecho de cultura. [...] Lo que queremos mostrar es que las estructuras actuales de la producción/consumo inducen al sujeto a realizar una práctica doble, vinculada con una representación desunida (pero profundamente solidaria) de su propio cuerpo: la de cuerpo como CAPITAL y la del cuerpo como FETICHE (u objeto de consumo). En ambos casos, lo importante es que, lejos de negar u omitir el cuerpo, el sujeto, deliberadamente, lo invista psicológicamente e invierta económicamente en él. (Baudrillard, 2009: 227-228)

Esta noción de cuerpo como capital-fetiché, engloba todas las esferas de la temporalidad humana. Al igual que la sociedad técnica influye en los pensamientos y en los actos de los seres humanos que la integran, su dinámica anexionadora no concibe el cuerpo como límite. De esta forma: «[...] se magnifica el cuerpo precisamente cuando sus posibilidades reales se atrofian y cuando está más acorralado por el sistema de control y de restricciones urbanas, profesionales y burocráticas» (Baudrillard, 2009: 178).

El sexo es otro de los factores primordiales de mundo actual. Sexo como objeto de comercio, tráfico, fragmentación, manipulación, digitalización y un largo etc.² Baste decir, que ya sea nuestro cuerpo como objeto de erotismo narcisista o para los demás como elemento de seducción; todas las formas posibles de la sexualidad propia o ajenas

² Para un análisis pormenorizado de este fenómeno véase la tesis: Santana Fernández, M. (2020). *Del goce a la descomposición: los cuerpos en el imaginario de la sociedad pornográfica*.

han sido cribadas por el filtro de la técnica, hipertrofiadas por los medios de comunicación de masas y multiplicadas de forma exponencial por el universo virtual. Todo está contemplado en el sinnúmero de modelos diseñados previamente, cada uno de ellos con sus respectivos signos identificativos, donde cada uno puede encontrar su propia personalidad en el acercamiento y emulación de los mismos (Baudrillard, 2009: 169-170).

Si en el apartado dedicado al lenguaje, la informatización del mundo y su digitalización conducían a una desintegración sistemática de lenguaje reflexivo y dialéctico, en estos momentos asistimos a la virtualización completa del cuerpo. Baudrillard alerta al respecto sobre fenómenos como el *Body simulation*, en el que como seres humanos podemos extendernos y ubicarnos en varios cuerpos al mismo tiempo (Baudrillard, 2006: 69).

De esta forma y mediante la técnica, se ha suprimido definitivamente con “el dogma del fantasma en la máquina” que postuló Gilbert Ryle. No es esta una suerte de avance filosófico, sino que al igual que en todas las dimensiones que comportan el ser humano son consecuencia de la propia estructura del sistema técnico:

El cuerpo, tal como lo instituye la mitología moderna, no es más material que el alma. Como ésta, es una idea o, más precisamente, puesto que la palabra idea no quiere decir gran cosa, un objeto parcial hipostático, un doble privilegiado e investido como tal. El cuerpo ha llegado a ser lo que era el alma en su tiempo, el soporte privilegiado de la objetivación: el mito rector de una ética del consumo. Es fácil advertir en qué medida el cuerpo está estrechamente vinculado con las finalidades de la producción como soporte (económico), como principio de integración (psicológica) dirigida del individuo y como estrategia (política) de control social. (Baudrillard, 2009: 241)

Concluyendo con este apartado, nos encontramos pues con una imagen multidimensionalmente codificada del ser humano. Se le ha llamado “hombre-máquina” (Ellul), “hombre organización” (Whyte), “hombre unidimensional” (Marcuse) u “hombre abstracto” (Berlan). Independientemente de la nomenclatura utilizada, nos encontramos ante un ser circunscrito en un nuevo cosmos técnico, donde ni lingüística, emotiva o corporalmente está exento ni de la técnica ni del consumo. Nos adherimos, tras los argumentos expuestos, a la corriente (entre ellos Almazán) que denomina esta nueva era para el humano como «Capitaloceno» (Riechman et al., 2018: 42).

Finalizamos con las palabras del propio autor, que ejemplifican la implantación de la técnica en todas y cada una de las dimensiones que constituyen la vida de este nuevo ser humano y que además alertan sobre la dificultad de escapar de dicho cerco:

[...] el mismo andamiaje del Sistema Técnico se ha encastrado tan profundamente en la vida de los individuos sujetos a su tiranía que Ellul puede afirmar que éste ha dejado de ser un caparazón para convertirse más bien en un esqueleto, en nuestro esqueleto. Es decir, hacer la revolución se ha convertido en equiparable a algo así como arrancarnos nuestra propia piel. (Almazán, 2018: 602)

SEGUNDA PARTE:

LAS TRES EDADES DEL SER HUMANO EN EL MUNDO DE LA TÉCNICA

"Solo tiene una vez,
y anda con cuatro pies por la mañana,
dos al medio día y tres por la noche.
Cuanto menos pies tiene, más veloz corre.
Si no lo conoces, te ama, pero si lo conoces,
lucha contra ti y te destruye"

3. LA PRIMERA EDAD

3.1. La escuela

«En vuestros hijos debéis reparar el ser vosotros hijos de vuestros padres: ¡así debéis redimir todo lo pasado! ¡Esta nueva tabla coloco yo sobre vosotros!» (Nietzsche, 2007: 282 como se citó en Drivet, 2016: 46).

Iniciamos este capítulo con la fase correspondiente a la infancia y adolescencia. Así, tras los primeros cuidados de nuestros progenitores y en una fase muy temprana, comenzamos nuestra andadura como seres sociales, institucionalizados y si, tecnificados. No sería difícil emprender un despliegue teórico sobre como las condiciones de la sociedad técnica, en palabras de Ellul, articulan esta pronta inserción del niño dentro del sistema educativo. La necesidad de que en el núcleo familiar ambos progenitores (en el caso de la llamada “familia tradicional”) trabajen, sumado a los horarios impuestos, el ritmo frenético y la necesidad de ocio como válvula de escape... Hacen que “alguien” tenga que encargarse de que el infante tenga que ser protegido, vigilado y educado. Ese alguien es el Estado.

Ampliamente argumenta Ellul a lo largo de los muchos volúmenes que componen su obra sobre el crecimiento, ubicuidad y dominio del Estado moderno derivados del sustrato mismo del fenómeno técnico. No incidiremos en este punto salvo para indicar su marcada importancia en el tema que acometemos.

Así, el niño comienza a dar sus primeros pasos en lo que será su larga andadura por el sistema técnico. Bien es cierto que ya ha sido objeto de múltiples técnicas desde mucho antes de su alumbramiento. El fenómeno técnico que ha impregnado su existencia, si bien aún no es consciente aún para él, no es nuevo. Centrándonos en una gestación convencional (hablar de técnicas de fertilidad o de fecundación escapa a nuestro campo de estudio) el feto, después bebé y finalmente niño ha circulado por una intrincadísima red de técnicas, desde la planificación familiar, el seguimiento intrauterino por medio de ecografías, amniocentesis, monitorización, técnicas del parto... Pero no nos desviemos del tema en cuestión, que es lo que nomina Ellul, la técnica educativa. Desde la perspectiva del autor: «La nueva educación es un principio rector de todo sistema político moderno y de la técnica en su conjunto» (Ellul, 1964: 248).

Con respecto a lo mencionado con anterioridad, sobre la separación del niño de su ambiente familiar y su inserción en la sociedad por medio de las instituciones educativas, resulta revelador el pasaje en el que el autor menciona el método desarrollado a finales del siglo XIX y principios del XX por la educadora y médica italiana Maria Montessori cuando afirma que: «[...] es necesario liberar al niño de la esclavitud de la escuela y la familia» (Ellul, 1964: 249). Pero esta liberación se produce a través del aparato técnico, por medio del control milimétrico de las actividades y el tiempo del niño. Esta regulación produce la integración de los escolares dentro del cuerpo social (basado en las dinámicas del consumismo analizadas por Baudrillard), de sus funciones, sus necesidades y sus fines. Así se va configurando, de manera óptima, la conciencia del individuo en el sistema técnico. Esto es, en palabras de Ellul: «Habituarlo a una gozosa servidumbre» (Ellul, 1964: 249).

Observamos en estas pocas sentencias, con respecto a la técnica educativa, algunos de los elementos que conformaran la nervadura del pensamiento de nuestro autor y que constituyen las características de lo que denominó el sistema técnico.

Entre ellas podemos encontrar la artificialidad del propio sistema, puesto que se ha aniquilado el elemento tradicional o “natural” de la educación familiar o no institucionalizada en favor del monopolio del Estado: «Que es el único que tiene los medios y la amplitud para llevarla a cabo» (Ellul, 1964: 249).

El sistema técnico educacional también se caracteriza por la racionalidad basada en el mantra de la eficiencia. Al igual que hemos analizado en otros puntos de este trabajo, pese al discurso que se sostiene ante las nuevas técnicas educativas (que forma parte también del Bluff tecnológico del que nos habla Ellul), esta educación no se basa en el desarrollo personal de individuo, en la consecución de lo que considere felicidad o para la expansión su pensamiento, sino más bien en ubicarlo dentro de las estructuras enmarcadas por la sociedad técnica. Incidimos en este binomio, puesto que como afirma el propio autor: «La sociedad, además, no es una sociedad ideal, con plena justicia y verdad, sino la sociedad tal como es» (Ellul, 1964: 248-249). Esto es, una sociedad bajo los imperativos del sistema técnico.

Otro de los puntos clave es la autonomía del sistema, enmarcándolo en el caso de la educación, coincidimos con Ellul en que:

La técnica educativa correspondiente, en consecuencia, toma una dirección completamente determinada. El conformismo social debe inculcarse en el niño: debe adaptarse a su sociedad; no debe perjudicar su desarrollo. Su integración en el cuerpo social debe asegurarse con las menores fricciones posibles. (Ellul, 1964: 249)

Este fragmento es especialmente revelador ya que se relaciona íntimamente tanto con los elementos vistos anteriormente como con los venideros.

La autonomía constitutiva de la técnica educativa entronca con el proyecto técnico, omniabarcante y racionalizador si entendemos que los niños tecnificados de hoy serán los técnicos del mañana. Así: «La educación ya no tiene un fin humanista ni valor alguno en sí misma; tiene un solo objetivo, crear técnicos» (Ellul, 1964: 250). La «variabilidad y elasticidad» (Almazán, 2016: 71), constituyentes de la naturaleza humana, han de suprimirse dado su estatuto como elementos generadores de entropía dentro de las redes de un sistema perfectamente racional, perfectamente ordenado y perfectamente autónomo.

De esta forma y siguiendo con estas premisas:

La intelectualidad ya no será un modelo, una conciencia o un espíritu intelectual animador para el grupo, ni siquiera en el sentido de desempeñar una función crítica. Serán los servidores, lo más conformistas que se puedan imaginar, de los instrumentos de la técnica. Como dice Louis Couffignal, el cerebro humano debe adaptarse al cerebro mucho más avanzado de la máquina. Y la educación ya no será una aventura impredecible y emocionante en la iluminación humana, sino un

ejercicio de conformidad y un aprendizaje de cualquier artilugio que sea útil en un mundo técnico (Ellul, 1964: 250).

Este punto cobra especial relevancia con la informatización actual de todas las esferas de la vida, incluida la infancia. Así, puntualiza Marian que: «El poder de la informática es el de estructurar un nuevo mundo; el ordenador se convierte en un instrumento pedagógico» (Marian, 2020: 170).

Por otra parte, también presentes en la esfera de la tecnificación educativa se encuentran inscritos los conceptos de universalidad y totalización que pueblan las páginas del corpus de Ellul. Así, la técnica educativa es «[...] “pantócratora”. Debe ejercerse sobre todos los hombres. [...] La técnica no puede llevarse a cabo a menos que todos los niños estén obligados a participar y todos los padres a cooperar» (Ellul, 1964: 249). El sistema contempla todos los elementos, de esa manera: «La tecnificación solo puede ser llevada a cabo por un cuerpo técnico sumamente especializado capaz de emplear una técnica muy depurada, minuciosa y rigurosa; y plantea las exigencias más exigentes al propio técnico, que debe ser un pedagogo notable para poder aplicarla» (Ellul, 1964: 248).

Finalmente, y aunque no conceptualizado dentro de los elementos del sistema, en la tecnificación de la educación encontramos otro de los puntos esenciales del pensamiento elluliano, y que será fundamental en el desarrollo de éste nuestro trabajo: La desacralización y re-sacralización por parte de la técnica. Puesto que la técnica es, por su propia complejidad, simbiote y a la vez parasitaria de todo aquello que trata. Como en el mito del rey Midas, aquello que toca la técnica en técnica se transforma. En el caso de la técnica educativa, el fenómeno técnico toma los principios de auto-descubrimiento presentes en la tradición de la mayéutica socrática transfigurándolos en una suerte de trampantojo, eliminando el componente subversivo y transgresor del llamado en Atenas “corruptor de menores” y transmutándolo en un ejercicio de modelación procustiana sobre la especie humana en sus primeros estadios de vida.

3.2. Orientación profesional

Tras su paso por las instituciones educativas el niño, ahora adolescente, se pregunta ¿Qué hacer?

Su familia, sus profesores, sus amigos; todo su entorno parece estar de acuerdo en articular la misma cuestión dada la inminencia de la transición. El estudiante ha de evolucionar en trabajador. Pero ¿Qué hacer? ¿En base a qué criterios tomará esa decisión que determinará la mayor parte del empleo de su tiempo, de su entorno, de su estatus, de su vida? Dicho criterio, en un sistema técnico, en una sociedad técnica y en una edad técnica; siempre será técnico. Porque dicho ser humano ya lleva mucho tiempo integrado en la cadena de montaje y si algo caracteriza al fenómeno técnico es su capacidad para no dejar ningún resquicio posible a la inherente espontaneidad humana. Todo está ya planificado, organizado y encauzado para este nuevo elemento del tejido laboral. Pero no debemos obviar que el ser humano se caracteriza por la pluralidad de sus capacidades. Voluble, creativo, potencial...pero, al fin y al cabo, adaptativo y adaptable. Por eso Ellul,

siempre incisivo en sus análisis, tiene en cuenta el pasado técnico del que será próximo trabajador cuando afirma que concierne más al sistema técnico el conocimiento del potencial del individuo para ajustarse a los medios técnicos que sus capacidades personales. El núcleo de dicha orientación es la búsqueda de la «adaptabilidad» (Ellul, 1964: 257) del individuo. De todo esto puede deducirse que: «La orientación vocacional queda así subordinada a la técnica de planificación» (Ellul, 1964: 257).

Y es que, a estas alturas, ya podemos catalogar a nuestro sujeto de estudio con la nomenclatura aportada por William Whyte Jr. en su libro homónimo *El hombre organización* (y al que hace referencia Ellul en varias obras). Esta tipología de ser humano, tanto en el proceso educativo que mencionamos con anterioridad como en la orientación vocacional, ha sido objeto de un «adiestramiento vocacional para el desempeño de las profesiones» (Whyte, 1961: 95). Así, y de vuelta a Ellul: «El objetivo de la orientación vocacional es indexar totalmente al individuo» (Ellul, 1964: 258).

Sin embargo, no podemos alejar el foco del fundamento altamente manipulador y totalitario que propone esta metodología. Dichas técnicas parten de dimensiones constitutivamente humanas como son la creatividad, la inquietud y la vivacidad, las moldean y pervierten, quebrantando una de las mayores empresas del ser humano a lo largo de la historia: La búsqueda del sentido de la vida. Siendo así que:

El hombre organización busca una redefinición del papel que desempeña en la tierra, una fe que lo satisfaga acerca de que lo que tiene que soportar tiene un sentido más profundo de lo que puede apreciarse a simple vista. En resumen, necesita algo que haga por él lo que la ética protestante hizo antes. Y lenta, casi imperceptiblemente, se ha ido cristalizando una mentalidad que realiza esta función. (Whyte, 1961: 10)

No es difícil observar, a la luz de estas palabras, los componentes sectarios que articulan dichas técnicas y que abordaremos con más detenimiento en el apartado siguiente sobre el mundo laboral. Presentados los condicionantes e intentado responder a las cuestiones planteadas en las sentencias iniciales del capítulo, podemos volver a cuestionarnos: ¿Qué hacer?

Para el hombre organización, que propone Whyte, la respuesta es evidente ya que los programas de adiestramiento se basan en la utilización de técnicas persuasivas que evitan una elección basada en criterios alternativos a los constitutivos de la sociedad técnica. Una vez más, estos mecanismos sirven como «sedante», inhibiendo la capacidad de decisión del individuo a favor de la seguridad y confianza que imponen las estructuras del sistema (Whyte, 1961: 109).

Así se acaba cumpliendo con el versículo: «Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres» (Juan 8: 32). Más la verdad es la verdad del cosmos técnico y la libertad es aquella que dicho universo ha desplegado de antemano. Tomando a nuestro otro autor de referencia, Jean Baudrillard, este sostiene:

La elección misma del trabajo, la utopía de un trabajo a la medida de cada uno, significa que la suerte está echada, que la estructura de acogida es total. La fuerza de trabajo ya no se vende ni se compra brutalmente, se diseña, se marquetiza, se

mercadea; la producción se incorpora al sistema de signos del consumo. (Baudrillard, 1980: 20)

Finalizando este apartado, rescatamos las palabras de Ellul que sintetizan, de manera clara y concisa, lo expuesto con anterioridad. Así: «[...] la orientación vocacional representa una toma totalitaria de los jóvenes» (Ellul, 1964: 259), siendo esta: «[...] un mecanismo de adaptación que arrebató al hombre libertad y responsabilidad, que lo “cosifica” y lo coloca exactamente en el lugar más deseable a los ojos de otra técnica, en el lugar donde sea más eficaz» (Ellul, 2003: 364).

4. LA EDAD ADULTA: LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS³

*Arbeit macht frei*⁴.

Hablar del fenómeno que constituye el trabajo en nuestro mundo actual no se puede articular sino mediante una gama de *Contradictio in terminis*.

No es objeto de este estudio el elaborar una secuencia histórica sobre la influencia del fenómeno técnico en el ámbito laboral. No obstante, siguiendo a Kierkegaard (citado por Ellul como uno de los pioneros en criticar la técnica venidera), el trabajo, al igual que la vida, solo cobran sentido si miramos hacia atrás.

Si bien coincidimos con Simondon⁵, con el que a su vez coincide Ellul, sobre la mediación esencial que se establece entre el ser humano, el trabajo y la naturaleza; las controversias no tardarán en aflorar, apuntando Ellul que:

Todas esas cosas son perfectamente ciertas. Pero hay que añadir que esta mediación se vuelve excluyente de cualquier otra. No hay otras relaciones entre el hombre y la naturaleza; todo el conjunto de lazos complejos y frágiles que el hombre ha forjado pacientemente -lazos poéticos, mágicos, míticos, simbólicos- se desvanece. (Ellul, 1980: 26)

³ En referencia a la obra de Hesíodo.

⁴ Palabras expuestas a la entrada de Auschwitz.

⁵ [...] A través de la actividad tecnológica, el hombre crea mediaciones, y estas mediaciones pueden desligarse del individuo que las produce y las concibe. El individuo se expresa en ellos pero no se adhiere a ellos. La máquina tiene una especie de impersonalidad que le permite convertirse en el instrumento de otro hombre. La realidad humana que cristaliza en sí misma es enajenable precisamente por ser separable. El objeto tecnológico, concebido y construido por el hombre, no se limita a crear una mediación entre el hombre y la naturaleza. Es una mezcla estable de lo humano y lo natural, contiene lo humano y lo natural, da a su contenido humano una estructura parecida a la de los objetos naturales, puede insertarse en el mundo de las causas y efectos naturales en esa realidad humana. . La relación entre el hombre y la naturaleza no se experimenta y practica simplemente de manera oscura; adquiere un estatus de estabilidad, de consistencia, que la convierte en una realidad con sus propias leyes y su ordenada permanencia. La actividad tecnológica, al constituir el mundo de los objetos tecnológicos y universalizar la mediación objetiva entre el hombre y la naturaleza, vuelve a vincular al hombre con la naturaleza con un vínculo mucho más rico y definido que el de la reacción específica del trabajo colectivo. (Simondón).

Tenemos claros ejemplos de vaticinio en autores tan remarcables como es el caso de Karl Marx en los albores de la profusión, constatación y totalización de la técnica:

En la manufactura y en la industria manual, el obrero se sirve de la herramienta; en la fábrica, sirve a la máquina. Allí, los movimientos del instrumento de trabajo parten de él; aquí, es él quien tiene que seguir sus movimientos. En la manufactura, los obreros son otros tantos miembros de un mecanismo vivo. En la fábrica, existe por encima de ellos un mecanismo muerto, al que se les incorpora como apéndices vivos. (Marx, 1971: 349 como se citó en Parente, 2010: 130)

Marx, aunque incisivo en su análisis, no pudo prever los derroteros que tomaría el fenómeno técnico de nuestro presente. ¿Qué elemento falta pues? Porque ya existían tanto los medios como los fines técnicos. Como bien apunta nuestro de nuevo nuestro autor: «La técnica organizativa era todavía muy incompleta a principios del siglo XIX» (Ellul, 1964: 95). El trabajo tecnificado necesitaba de la eficiencia organizativa que permitiese la constitución y el mantenimiento de los sistemas laborales de nuestros días.

Para entender la “textura” de la dimensión laboral actual tenemos que recurrir a nuestro otro autor de cabecera. Dentro de su modelo estructuralista, basado en el intercambio simbólico, el ser humano contemporáneo se enmarca dentro de lo que Baudrillard denominó: «Modo hipercapitalista» (Baudrillard, 1980: 16).

Así, en nuestro nuevo contexto:

El trabajo se ha convertido [...] en un bien de redistribución social. Inmensa paradoja: el trabajo es cada vez menos una fuerza productiva, y cada vez más un producto. Este aspecto no es el menos característico de la mutación actual del sistema del capital, de la revolución por la cual pasa del estadio específico de la producción al de la reproducción. Cada vez necesita menos fuerza de trabajo para funcionar y ampliarse, y se le exige que suministre, que «produzca» cada vez más trabajo. (Baudrillard, 1980: 37)

La reproducción es el elemento clave del modelo social propuesto en los análisis baudrillardianos. Consumo, ocio o trabajo son indistinguibles como consecuencia de dicha reproductibilidad. Los fines que los definían, delimitando las dimensiones de la vida del individuo, acaban convergiendo en la unidad que constituye la sociedad de consumo (Baudrillard, 1980: 38).

De esta manera y ejerciendo, dentro de los límites de nuestras posibilidades, de arqueólogos del fenómeno trabajo, nos encontramos con una serie de características que atestiguan el cambio de paradigma.

Tomando de nuevo a Ellul, un aspecto fundamental en el antiguo concepto trabajo es que dependía diametralmente del ser humano que lo ejercía. El trabajador basaba su maestría en su talento, su habilidad y su pericia (Ellul, 1954: 67). De esta forma la perfección del producto final se fundamentaba en la interrelación recíproca entre la herramienta y el artesano. Una permitía la labor, el otro, con su creatividad y destreza, aportaba la excelencia. Podemos afirmar junto con el autor que: «Esta era una especie de técnica, pero no tenía ninguna de las características de la técnica instrumental» (Ellul, 1954: 67).

Frente a esto, si las técnicas organizativas cambiaron la estructura fundamental del modelo de producción, también modificaron la relación del hombre con su herramienta de trabajo, con la forma en la que ella era empleada, con el significado y con las repercusiones de dicho modo de empleo.

De esta forma, la variabilidad humana en el ejercicio de su labor pasa a ser como base una de las características principales del fenómeno técnico: La automatización.

Para enriquecer nuestros argumentos en este punto, nos valdremos del fantástico libro de David F. Noble: *La locura de la automatización* donde, al igual que Ellul y Baudrillard, se nos alerta de la infiltración sistémica del fenómeno técnico:

El uso efectivo de estos nuevos métodos requería de un control y supervisión más estrechos por parte de la dirección, y la eliminación no sólo de las cualificaciones tradicionales, sino también de los modelos de trabajo tradicionales y de las rutinas asociadas a la autonomía de los artesanos. A la uniformización de las partes le siguió muy pronto una uniformización de los talleres, de las horas de trabajo y de la disciplina, como anticipación a la dirección científica del siglo posterior. (Noble, 2001: 124)

Así pues, el ser humano en el nuevo escenario laboral ya no ocupa un papel protagonista, no es ni si quiera figurante, aunque quizá sea aventurado afirmar que es mero *attrezzo*.

Sostiene por otra parte el mismo autor, que la automatización no ha tenido consecuencias precisamente satisfactorias para el trabajador contemporáneo. Siendo así que:

[...] después de tres décadas de progreso basado en la automatización, en la actualidad los trabajadores están ganando, en relación con lo que producen, menos que antes. Esto quiere decir que están produciendo más por menos; trabajando más para sus jefes y menos para sí mismos. (Noble, 2001: 80)

De esta forma, nadie es ya trabajador en su trabajo. Tomando las palabras de Ernst Jünger, autor de incisiva lucidez que influyó decisivamente en Ellul: «Ya no hay ninguna actividad manual, ningún oficio artesanal, que pueda aprenderse a fondo, en el que pueda alcanzarse una maestría completa. Todos nosotros somos meros aprendices» (Jünger, 1993: 167).

Partiendo de esta premisa y sumado a la aceleración inherente al mismo avance técnico, no es difícil dilucidar que el reciclaje, la renovación y la actualización constantes, son elementos fundamentales del mundo laboral contemporáneo. Puede afirmarse: «[...] Ya no hay profesiones, solo hay trabajos o actividades. Seguir reajustándose casi permanentemente. Reciclaje, formación y más formación» (Ellul, 1980: 51).

Añade Baudrillard a este respecto, en *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, que:

Una de las dimensiones características de nuestra sociedad, en materia de saber profesional, de calificación social, de trayectoria individual, es el reciclaje. Esta dimensión implica que, si no quiere quedar relegado, distanciado, descalificado,

el individuo está obligado a «poner al día» sus conocimientos, su saber, en suma, su «caudal operativo» en el mercado del trabajo. (Baudrillard, 2009: 179)

Consecuentemente, el ser humano nunca llegará a ser un trabajador. Como Sísifo empujando la roca, empleará toda su vida en formarse para lograr una meta que, por definición, le es inalcanzable.

Sísifo al menos era consciente. Desde el modelo propuesto por ambos autores tenemos que, desde la perspectiva elluliana, tomando las palabras de Charles Camichel: «El trabajador no puede entender el funcionamiento de la industria moderna» (Ellul, 1954: 83).

Concluyendo de esta manera en que:

[...] el técnico no sabe por qué está trabajando, y generalmente no le importa mucho. Trabaja porque tiene instrumentos que le permiten realizar una determinada tarea, para tener éxito en una nueva operación. La consideración previa a establecer una meta o un objetivo es siempre la evaluación de los medios ya existentes. (Ellul, 1980: 190)

Mientras que por otra parte Baudrillard puntualiza que: «Los trabajadores “productivos” manuales viven, más que cualquier otro, en la ilusión de la producción, tal como viven su ocio en la ilusión de la libertad» (Baudrillard, 1980: 40).

Finalizamos este apartado con la reflexión manifestada en *El sistema tecnológico* y que, por su “aire de familia” con Baudrillard, nos permite tanto concluir este capítulo como enlazarlo con las secciones siguientes:

Seligman, en una fórmula llamativa, ha subrayado la mutación tecnológica en este ámbito: el Homo faber ya no existe; se ha convertido en un animal de trabajo. Y el hombre que solía estar en el centro del trabajo, para quien (como Marx seguía señalando) el trabajo tenía un significado decisivo, ese hombre ahora está siendo gradualmente evacuado del trabajo. Se encuentra, como dice Seligman, "en la periferia del trabajo". Entonces debemos hacernos la pregunta: ¿Quién es el hombre a quien se atribuye el poder de elección, decisión, iniciativa, orientación? Ya no es un griego en la época de Pericles, ni un profeta hebreo, ni un monje del siglo XII. Es un hombre que está completamente inmerso en la tecnología. No es autónomo con respecto a estos objetos. (Ellul, 1980: 219)

4.1. Fragmentación del trabajo, fragmentación del individuo y fragmentación de la sociedad

4.1.1. *Divide et impera*

El sistema del trabajo contemporáneo, siguiendo los análisis ellulianos, es producto de un doble fraccionamiento. Si en un primer momento se produjo, mediante la división y posterior aplicación de las teorías tayloristas, una emancipación de la tarea con respecto al operario transformándola en un conjunto de unidades independientes. Un segundo

proceso, mediado por los avances tecnológicos, reconstituyó la unidad a través de la síntesis de los elementos disgregados. Si la primera aplicación de la técnica trajo consigo un aumento de la eficiencia, el resultado aún era demasiado fragmentario. Se necesitaba de la aplicación de las nuevas técnicas organizativas para constituir el sistema que define nuestro actual mundo laboral (Ellul, 1980: 33). De esta forma, el trabajo presente puede ser considerado ahora un acontecimiento hiperreal en terminología baudrillardiana. El código que define el trabajo ha pasado por una primera división artificial y una posterior recomposición, también artificial, dando lugar a un fenómeno que nada tiene que ver con el original.

De las características del mundo laboral tecnificado proceden tanto las funciones y responsabilidades del sujeto como el rol que lleva a cabo a lo largo del proceso. Podemos resumir las características del nuevo trabajador que requiere el sistema técnico en las siguientes:

- Ausencia de responsabilidad: Las decisiones no pueden basarse en un ente volitivo y emocional, se requiere de una precisión matemática que no altere el sistema. (Ellul, 1964: 110)
- Ausencia de libertad: Un individuo moldeado, determinado o «bien “redondeado”»: La heterodoxia puede ser peligrosa para la organización» (Whyte, 1961: 133).
- Inconsciente de sí mismo. (Ellul, 1964: 110)

Según el autor, la propia constitución humana contiene un «coeficiente de elasticidad» (Ellul, 1964: 110) que resulta inconveniente para la correcta eficiencia del sistema técnico. Debe suprimirse así dicho coeficiente, que no es otra cosa que la propia individualidad del trabajador. Una vez más la técnica simplifica, fragmenta y dirige a su supuesto usuario.

De esta manera, escindido en un mundo laboral organizado, automatizado y autónomo, las funciones del trabajador se restringen a las de un mero vigilante, reparador o catalizador de la propia técnica (Ellul, 1964: 109-110).

Pero la técnica es prestidigitadora. La situación constrictora del ser humano que nos impone este modelo tiene consecuencias perjudiciales. Un esclavo pasivo e inerte no renta al sistema, se necesita de creatividad, de iniciativa e independencia. Pero el sistema contempla estos elementos de tal forma que la perfección de la técnica ha de basarse en su flexibilidad, en su capacidad de adaptación a la imperfección humana. Cuanto más parezca garante de la libertad, elección e individualidad humana más eficiente resultará. Pero esa supuesta flexibilidad no consiste más que en una simulación basada, a su vez, en un código organizativo perfectamente calculado para mantener dicha apariencia (Ellul, 1964: 111).

Tomando de nuevo a Ellul en *La sociedad tecnológica*, las características del trabajador contemporáneo anteriormente citadas se hallan modeladas también en base a los fines del sistema. Por lo tanto:

Lo importante, sin embargo, no es que el trabajo sea en un sentido más duro que antes, sino que requiere diferentes cualidades en el hombre. Implica en él una

ausencia, mientras que antes implicaba una presencia. Esta ausencia es activa, crítica, eficiente; compromete al hombre entero y supone que está subordinado a su necesidad y creado para sus fines. (Ellul, 1964: 231)

Concluyendo así en que: «[...] estamos obligados a “comprometernos”, como dicen los existencialistas, con la técnica» (Ellul, 1964: 112).

Se confirma de esta manera el paso en el mundo laboral, extensible al resto de áreas que componen la vida humana, de una sociedad disciplinaria a una sociedad de rendimiento (González, 2020).

4.1.2. *Conivntis viribus*

Pero el individuo no sólo puede estar comprometido con la técnica. Como bien dijo el rapsoda: “Ningún hombre es una isla”. Formamos parte de una multitud de comunidades, necesitamos de los otros. Ellos necesitan de nosotros. Pero, con lo expuesto anteriormente: ¿Qué papel juega la intersubjetividad en la vida laboral sujeta al imperativo técnico?

En *El hombre organización* sostiene su autor que una de las características fundamentales, si no la más importante, del ser humano con respecto a su trabajo es la necesidad de asociación. Una técnica óptima debe contemplar esta inclinación humana hacia el establecimiento de vínculos por medio del trabajo (Whyte, 1961: 38), siendo así que, en palabras del propio autor: «El hombre organización, pues, más que el trabajador que desea servir, es quien con más urgencia desea pertenecer» (Whyte, 1961: 49).

He aquí una nueva veta para la incursión técnica. El ser humano necesita pertenecer al grupo, integrarse, decidir, discutir, combatir... El caleidoscopio que supone la interacción humana contiene suficiente multiplicidad como para dinamitar los cimientos del universo técnico. Ante esta conflictividad ha de entrar en juego la «ingeniería humana» (Ellul, 1964: 253). De esta forma, ya no hay espontaneidad posible en la interacción humana, al igual que se suprimen las relaciones basadas criterios pre-técnicos (experiencia, simbolismo, códigos culturales...) (Ellul, 1980:26).

Del estudio de Moore, toma Ellul las características que han de tener las relaciones humanas en el entorno laboral y que sintetizamos a continuación:

- 1- Las relaciones humanas deben estar restringidas a las demandas técnicas de su rol vocacional.
- 2- Las relaciones humanas deben ser universales.
- 3- Las relaciones humanas deben basarse en la racionalidad.
- 4- Las relaciones deben ser impersonales, establecidas no sobre la base de una elección subjetiva y por razones personales, sino sobre la base de su validez óptima.

*Los trabajos de Scott y Lynton añaden que: «[...] es necesario compensar la incapacidad natural del hombre para sostener las relaciones humanas en un universo técnico. [...] Entonces es necesario reproducir artificialmente las

condiciones naturales, para que puedan establecerse las relaciones humanas». (Ellul: 1964: 253-254)

De esta forma, y de nuevo en palabras de Ellul:

La técnica de las llamadas relaciones humanas, desarrollada para adaptar al individuo al medio técnico, obligarlo a aceptar su esclavitud, hacerle encontrar la felicidad mediante la “normalización” de sus relaciones con su grupo e integrarlo en ese grupo para en grado cada vez mayor— esta técnica es característica de las falsificaciones y simulacros de que hay que dotar a los hombres para evitar los conflictos que provoca la vida en un medio tecnificado. (Ellul: 1964: 254)

Con todos estos mecanismos el ser humano se vuelve cada vez más «organizable» (Ellul, 1964: 255) pero «no se da cuenta de que la organización en la que está inscrito es en sí misma parte del complejo de organismos técnicos de despersonalización» (Ellul, 1964: 255).

Las diferencias propuestas desde la sociología tradicional entre grupo y equipo se disuelven, como por arte de magia (relacionada originalmente con la técnica), mediante la ingeniería humana. Lo más eficiente de ambas dimensiones ha sido destilado por el alambique de la técnica. Sentencia Ellul que: «Estos hombres trabajan en equipo, pero no es necesario que se conozcan o entiendan unos a otros. Solo necesitan comprender la técnica involucrada y saber de antemano lo que hará su compañero de equipo» (Ellul: 1964: 107).

Más el sistema, pese a su minuciosa organización y racionalidad, puede fallar; porque falible es el ser humano como su elemento básico, que no vertebrador. La planificación tiene que hacer frente a las desviaciones, a los conflictos, a la frustración y la desidia.

A este respecto los “consejeros”, como los llama Ellul, los psicólogos laborales o los denominados recursos humanos, no son más que el espejismo que proyecta la técnica laboral. La “fraternidad mecanizada” que promulgan:

[...] nada tiene que ver con una cura positiva del alma, misión que supondría al menos la posibilidad de cambios profundos, nuevas orientaciones y un despertar de conciencia por parte del trabajador, todo lo cual es altamente peligroso [...] Su único deber es alentar la denuncia y escucharla. Es bien sabido que el sufrimiento expresado es sufrimiento aliviado. (Ellul, 1964: 253)

La simulación de escucha, de comprensión y de compañerismo por parte del sistema, no consiste más que en una gama de «válvulas de seguridad» (Ellul, 1964: 252) que mantienen la perfecta indexación del trabajador dentro del mismo. Complementando esto con las aportaciones de Whyte, la atención personalizada y tolerante del psiquiatra, psicólogo o consejero laboral, ayuda a poner el foco, no en la conflictividad generada por las dinámicas del propio sistema laboral tecnificado, sino en problemas subjetivos o psicológicos instaurando en el trabajador que lo que se «[...] desea es un ajuste, en vez de un cambio» (Whyte, 1961: 40).

Confesión, contrición y expiación se agotan en un todo en post de la lubricación del sistema. Así: «Dejar que la gente hable les hace bien y aplasta la revuelta. Es peligroso dejar que los trabajadores hablen entre ellos de sus problemas» (Ellul, 1964: 253).

Este último punto entronca necesariamente con el caso de los sindicatos. Al igual que la válvula de una olla express, regulan a merced la presión generada en las fricciones laborales. Todo forma parte de la misma lógica que articula cualesquiera de los elementos del sistema. De esta forma: «El trabajador piensa que se organiza libremente y expresa su personalidad; pero al hacerlo, simplemente está cediendo a los imperativos técnicos a los que está sujeto a través del elemento mecánico en su trabajo» (Ellul, 1964: 256).

El complejo de elementos se encuentra subsumido dentro lo que Ellul denomina: «Organización social total» (Ellul, 1964: 255). Siendo, en el caso particular que afrontamos, que:

El trabajador a través de sus sindicatos está intensificando su propia esclavitud a las técnicas, aumentando sus poderes de organización y completando su propia integración en ese mismo movimiento del cual, puede ser, el sindicalismo había esperado originalmente liberarlo. (Ellul, 1964: 256)

Concluimos este apartado señalando el artículo de Julián Marrades en el que se analiza a otro autor canónico en el estudio del fenómeno técnico, Günter Anders, y donde se sostiene a este respecto que:

No es que las relaciones sociales de explotación se hayan diluido; más bien ocurre que los explotadores se han invisibilizado tras redes de redes de redes. En la medida en que nos vemos cada día más enredados en ellas, nos convertimos en seres cada vez más ciegos y cosificados. (Marrades, 2017: 130)

4.1.3. La ubicuidad ausente del trabajo

«El trabajo está en todas partes porque ya no existe el trabajo» (Baudrillard, 1980: 26).

Esta afirmación dentro del corpus baudrillardiano posee unas implicaciones de potente calado que nos servirán de vehículo en la propuesta que sostenemos. Junto con las aportaciones de Ellul, Noble y demás autores podemos afirmar que la omnipresencia del trabajo contemporáneo engloba pues dos dimensiones imbricadas de manera esencial:

1. El trabajo engloba todas las facetas de la vida en el ser humano actual.
2. El proceso es de tal envergadura y complejidad, que necesita de la “movilización total” (Jünger) de la especie humana para llevar a cabo la empresa.

El concepto proletariado ya no es una categoría aplicable a la dimensión del trabajo dentro del sistema técnico. Pese a su excelente plasticidad aparente, esta no es más que la pantalla de una organización minuciosa que analizaremos con más detenimiento en el siguiente apartado. Las altas exigencias de este modelo, que por su propia lógica interna de auto-crecimiento se extiende a cada vez más áreas de la vida, generan una elevada tensión psicológica y emocional en el individuo. Como bien señala Ellul en este apartado, al hablar del ser humano con respecto a su nuevo ambiente técnico y la presión que este ejerce, sostiene que este:

[...] busca huir y cae en la trampa de los sueños; trata de cumplir y cae en la vida de las organizaciones; se siente inadaptado y se vuelve hipocondríaco. Pero la nueva sociedad tecnológica tiene suficiente previsión y capacidad para anticipar estas reacciones humanas. (Ellul, 1954: 232)

Situándonos en el primer punto de la propuesta, entre dichas facetas se encuentran el *a-condicionamiento* del tiempo y del espacio a merced del trabajo. Ellul nos presenta el conflicto existente entre el ritmo del trabajo tradicional y el ritmo cromométrico que caracteriza el trabajo tecnificado. Va más allá cuando afirma que el trabajador ni siquiera puede conocer ni re-conocerse en los fines que acompañan su labor; estos forman parte del entramado técnico. Se concluye afirmando que:

Nunca antes se ha exigido tanto al ser humano. [...] Nunca antes la raza humana en su conjunto tuvo que ejercer tal esfuerzo en su quehacer diario como lo hace hoy como resultado de su absorción en el monstruoso mecanismo técnico. (Ellul, 1954: 231)

Baudrillard por otra parte, dentro de su propuesta simbólica, complementa dichas afirmaciones sosteniendo que: «El trabajo (bajo la forma de descanso también) invade toda la vida como represión fundamental, como control, como ocupación permanente en lugares y tiempos regulados conforme a un código omnipresente» (Baudrillard, 1980: 20). El sistema nos propone Baudrillard nunca debe desvincularse del individuo, este siempre ha de estar “fijado” o “anclado” a algún elemento de esa red que supone el código independientemente del momento o el lugar en el que se encuentre.

Para este último autor, el trabajo ha sido transmutado en mero signo. Desprendido de cualquier otro componente histórico o social, la producción ha sido licuada en reproducción por el aparato técnico y tecnológico. Dentro de su teoría del simulacro, concluimos con el autor en que: «El trabajo, vaciado así de su energía y de su sustancia (y generalmente desinvertido) resucita como modelo de simulación social, arrastrando consigo todas las demás categorías de la economía política a la esfera aleatoria del código» (Baudrillard, 1980: 17).

Y si se transfigura el tiempo, no menos lo hace el espacio del ser humano presente. De esta forma y derivado de la propia racionalidad y racionalización social por parte del sistema técnico, asistimos a la transformación paulatina del «sistema industrial [...] bajo el signo del trabajo, de la finalidad productivista, en un campo de concentración, de arresto, de reclusión» (Baudrillard, 1980: 38).

El fenómeno técnico es siempre extensivo y omniabarcador. No se puede permitir ningún resquicio de humanidad que no esté regulado por el trabajo tecnificado. Si ya engloba gran parte de la vida de los seres humanos, también se extiende a su esfera íntima, al hogar, convertido cada vez más en un espacio tecnificado (Ellul lo compara con una fábrica), donde todo se rige por la funcionalidad, la eficiencia y la compartimentación. La conexión que se establece en la intimidad doméstica ya está mediatizada por la técnica, siendo así que en las propias palabras del autor: «Su entorno como un todo, todo lo que forma parte de su entorno, su sustento, su hábitat y sus hábitos, se modifica» (Ellul, 1954: 235).

“Ambiente con espacios flexibles y compartidos”, “salas de reuniones informales”, “rincones tranquilos”, “terrazas exteriores”, “iluminación natural”, “asientos mullidos”⁶, “*Co-working*”, “teletrabajo”... Es la terminología empleada desde las empresas con la pretensión de mejorar las condiciones del trabajador. El espacio ha de adecuarse al bienestar físico, mental y espiritual de los trabajadores. Las líneas de demarcación se diluyen. Como vaticinó Baudrillard:

Es preciso que la fábrica desaparezca en cuanto tal, que el trabajo pierda su especificidad para que el capital pueda asegurar esta metamorfosis extensiva de su forma a la sociedad total. Es preciso, por lo tanto, levantar acta de la desaparición de los lugares determinados del trabajo, de un tema determinado de trabajo, de un tiempo determinado de trabajo social, levantar acta de la desaparición de la fábrica, del trabajo y del proletariado si se quiere analizar la dominación actual real del capital. (Baudrillard, 1980: 26)

La sociedad del bienestar tiene que permear todas las capas de su propia estructura. O todo o nada es la consigna. Por lo tanto, el trabajo no puede ser solamente un medio para adquirir poder, él mismo debe ser ostentoso. Afirma Whyte que: «[...] los aspectos de lujo de que habla (el oficinista) conciernen la mayor parte de las veces a cosas relativas a su trabajo: buenos filetes en la comida, hoteles cómodos, vuelos en aviones de altas tarifas y otras cosas parecidas» (Whyte, 1961: 146).

Con este planteamiento nos encontramos ante una nueva encrucijada. Nada se parece a la noción tradicional que tenemos de trabajo, tanto tiempo como espacio han sido moldeados de tal manera que no existe ya una frontera perceptible entre trabajo y vida. ¿Podremos aceptar este nuevo contexto? De las premisas planteadas pueden extraerse ciertas conjeturas que planteamos de la siguiente manera: O bien nunca trabajamos, o bien estamos trabajando siempre. ¿Cómo convivir con esa incertidumbre? El sistema ya ha resuelto estas dudas:

Siempre ha habido Iglesias para ocultar la muerte de Dios, o para ocultar que Dios estaba en todas partes: lo que es lo mismo. Siempre habrá reservas de animales y de indios para ocultar que están muertos y que todos somos indios. Siempre habrá fábricas para ocultar que el trabajo ha muerto, que la producción ha muerto o que está en todas partes y en ninguna. (Baudrillard, 1980: 27)

En su presencia muestra a su vez la ausencia. Parece, por estas últimas palabras, que el fenómeno técnico tuviera más raigambre metafísica de lo que en un principio parecería.

Si en este primer punto hemos desarrollado como el trabajo en el sistema técnico se inserta y modifica la totalidad de las esferas que componen la vida del individuo contemporáneo. Es la propia universalidad que caracteriza al avance técnico la que hace que, de manera exponencial, dicho avance se extrapole a todas las áreas del globo. Se deduce, con esta premisa que: «El enorme esfuerzo que exige el poner en marcha esta civilización, pide que todos los esfuerzos se dirijan a este único fin, que todas las fuerzas sociales sean movilizadas para conseguir la estructura matemáticamente perfecta del edificio» (Ellul, 2003: 144).

⁶ El trabajo basado en actividades: los 8 tipos de espacios que tu oficina necesita (wework.com)

La técnica ha conseguido lo que ninguna moral, doctrina política, religión o filosofía. Ha eliminado las barreras geográficas, culturales, generacionales, ideológicas e incluso mentales; en pos de la eficiencia. Aunque de esta extensión y complejidad del sistema se deducen también las exigencias que se le aplican al ser humano que lo habita. Todo es colectivo. Todo esfuerzo que no se emplee en el sistema ha de ser corregido, dirigido y optimizado. Las pretensiones individuales nunca deben anteponerse a la responsabilidad social, de esta forma:

Ni material ni espiritualmente, el hombre no puede separarse de la sociedad: materialmente, porque los medios son tan numerosos que invaden su vida de manera que no puede evitar el acto colectivo. [...] Es inútil querer permanecer solo cuando se está obligado a participar en todos los fenómenos colectivos, a utilizar todos los instrumentos colectivos sin los cuales no puede obtenerse el mínimo que permita vivir. Ya no hay nada gratuito en nuestra sociedad [...]. El solitario es una boca inútil. (Ellul, 2003: 144-145)

4.1.4. El trabajo codificado

Si tomamos como referencia el diccionario de la Real Academia española, encontramos con que un código es, en su primera acepción: “Un conjunto de normas legales sistemáticas que regulan unitariamente una materia determinada”.

Todos los grupos humanos, sean de la índole que sean, tienen sus propios códigos. Códigos definidos en base a criterios dispares, creativos y complejos. En el campo que nos ocupa, el del trabajo, no existía una uniformidad en los quehaceres que componían esa dimensión del ser humano antes de la imposición del sistema técnico. Aunque ya lo hemos mencionado con anterioridad, nos vemos en la necesidad de profundizar en este punto debido al especial trasfondo que se deriva del propio significado del término. En un universo perfectamente codificado, cualquier comportamiento se ajusta indefectiblemente a los circunscritos en el código ya sea, como hemos visto, la apariencia de libertad en el trabajador, el respeto a sus rasgos individuales o las relaciones interpersonales que pueda llevar a cabo. Pervirtiendo intencionalmente para nuestro objetivo la sentencia derridiana podemos sostener que, en el trabajo: “Nada hay fuera del código”. De esta forma, el trabajo actual se adecua y limita al código programado para dicha función.

Retomando a Ellul para este apartado, el autor postula que ante el bullir de las nuevas técnicas, con sus correspondientes repercusiones sociales y económicas, «el trabajo tenía que ser sistematizado; tenía que volverse científico» (Ellul, 1954: 96).

En este punto no podemos obviar la obra de Noble, en ella nos encontramos con análisis que remarcan la profunda relación histórica entre el mundo militar y el control del trabajador por medios técnicos. Ya Jünger también disertó sobre esta relación de carácter paterno filial, en la cual el componente civil es heredero de las conquistas en materia de adiestramiento de su antecesor militar. En *La locura del automatismo* establece una tríada

de características que configuran, en el ejercicio del control numérico, una auténtica «filosofía del control» (Noble, 2001: 27). Son las siguientes:

- 1) Una obsesión de la dirección por el control.
- 2) Un énfasis militar sobre el mando y la intervención
- 3) Entusiasmos y compulsiones que fomentaban ciegamente el impulso hacia la automatización. (Noble, 2001: 22)

Así, en palabras del propio autor, dicho control numérico: «[...] consiste en una traducción de especificaciones parciales en información matemática que puede ser introducida directamente en las máquinas por la dirección sin necesidad de depender de la cualificación o la iniciativa del operario» (Noble, 2001: 131).

Concluyendo que:

Esencialmente, el control numérico es la realización técnica del control por parte de la dirección que imaginaron los directores del departamento de artillería en el s. XIX. [...] El control numérico es un paso gigantesco en la misma dirección, con él los patronos tienen la capacidad de desplazar al trabajador y de comunicar directamente con la máquina a través de cintas grabadas o de vínculos informáticos directos. De ahí en adelante, la propia máquina pacífica y disciplina al obrero. Esencialmente, esto tiene como consecuencia la transformación de una gran cantidad de trabajo cualificado en un proceso continuo, en una línea de montaje. Desde el punto de vista militar, la intervención de mando, absolutamente racional, es un sueño hecho realidad. Pero económica y socialmente genera muchos más problemas de los que resuelve. (Noble, 2001: 132)

Pero este código no debe ser extremadamente férreo para no “ahogar” a los trabajadores. Ya lo entrevimos en los capítulos anteriores. Ellul, con su lucidez característica, supo ver los puntos clave en los que el código que configura el mundo laboral debía dejar “respirar” a su mano de obra con fines meramente productivos. Los axiomas planteados por el autor son los siguientes:

1. La técnica aplicada a los problemas de eficiencia del trabajo requiere concentración porque sólo a través de la concentración es posible aplicar métodos actualizados que han ido mucho más allá de las técnicas de los antiguos expertos en eficiencia y estudio de tiempos (por ejemplo, la aplicación de técnicas de relaciones Industriales) (Ellul, 1954: 122).
2. Requiere de él que se vuelva inteligente, para servir mejor a la organización y a la máquina (Ellul, 1954: 168).
3. Sólo es cognoscible lo que se expresa (o, al menos, se puede expresar) en números (Ellul, 1954: 33).
4. La intervención del juicio racional en la operación técnica. La razón trastorna las tradiciones pragmáticas y crea nuevos métodos operativos y nuevas herramientas; examina racionalmente las posibilidades de una experimentación más extensa y menos rígida (Ellul, 1954: 35-36).
5. La multiplicidad de medios se reduce a uno: el más eficaz. Y aquí la razón aparece claramente bajo la apariencia de la técnica. [...] La doble intervención de la razón

y la conciencia en el mundo técnico, que produce el fenómeno técnico, puede describirse como la búsqueda del mejor medio en cada campo. Y este “único mejor medio” es, de hecho, el medio técnico (Ellul, 1954: 36).

6. La corresponsabilidad de todos los trabajadores sujetos a una misma técnica es rigurosa. En nombre de esta responsabilidad común, es obligatorio para cada trabajador ejecutar su tarea estrictamente con el tipo de entusiasmo que exige la devoción personal (Ellul, 1954: 167).
7. Es necesario suscitar en él el pensamiento reflexivo y hacerlo partícipe de la vida de toda la planta. Se le debe hacer sentir una comunidad de intereses; hay que inculcarle la idea de que su trabajo tiene un sentido social. En resumen, debe estar integrado en la empresa en la que está trabajando (Ellul, 1954: 251). Esto es, en resumidas cuentas, lo que conceptualiza Whyte como «ambición pasiva» (Whyte, 1961: 129).

He aquí los comandos que ordenan el lenguaje de programación del trabajador. Retomando de nuevo la obra de Noble, con las premisas ya fijadas por Ellul, podemos concluir que:

En la actualidad el sistema militar de fabricación significa un sistema de gente altamente reglamentado, gente que ocupa temporalmente los puestos que en el futuro ocuparan los robots, que es pacificada y disciplinada por una maquinaria que ha pasado al control directo de la dirección. (Noble, 2001: 119)

La conclusión la pronuncia el propio Noble, remarcando una vez más la honda analogía existente entre control militar e industrial: «Si el traje de negocios y el uniforme son actualmente intercambiables, las mentes que los acompañan también lo son» (Noble, 2001: 36)

4.2. El ocio

¡Sabed que la vida del mundo es juego y distracción...!

(Corán, 57, 20).

En España, según el Estatuto de los Trabajadores, la jornada laboral se corresponde con 40 horas semanales. Es decir, una media de 8 horas diarias en cómputo anual. Pese a estar muy extendidas en la sociedad actual, no añadiremos a nuestra particular ecuación laboral la denominada jornada partida o la turnicidad. Partiendo de este marco, nos encontramos ante el arquetipo del trabajador presente, con una jornada que se inscribe dentro de los horarios de 8 de la mañana a 15 de la tarde. Si partimos de las clásicas y fisiológicas 8 horas de sueño, el individuo aún posee de 8 horas para dedicarse, plenamente, al ejercicio de uno de los eslóganes que definen nuestra particular *Zeitgeist*: El tiempo libre.

El binomio, pese a su simplicidad aparente, no carece de trascendencia. Aúna los términos tiempo y libertad, analicemos esto con más detenimiento.

Si, como hemos comprobado, la textura del trabajo se ha ido amoldando por medio de una polifonía de técnicas en algo cada vez más sutil, recalando más la motivación y la creatividad que el esfuerzo físico o mental (aunque como hemos visto, el trasfondo es

mucho menos alentador de lo que parece en un principio), no debemos dejar de entender que, pese a toda esta adaptabilidad, el trabajo como tal sigue moviéndose en el reino de la necesidad. Hay que cumplir horarios, objetivos, permanecer en un espacio que no nos pertenece y relacionarnos con personas en términos contractuales y artificiales.

Baudrillard afirma:

[...] esa irresponsabilidad del ocio es homologa y estructuralmente complementaria de la irresponsabilidad en el trabajo. La «libertad» por un lado y la obligación, por el otro: la estructura es la misma. El hecho mismo de la división funcional entre estas dos grandes modalidades del tiempo conforma un sistema y hace del ocio la ideología misma del trabajo alienado. (Baudrillard, 2009: 272-273)

El ser humano, pese a todo, se intuye objeto del sistema en su quehacer laboral diario. Al salir por la puerta de la empresa, los horizontes se ensanchan exponencialmente. El reloj dictamina, tras 8 horas de responsabilidad, su irrupción en los dominios de la libertad individual. Pero ¿Es eso realmente nuestro actual ocio?

Ellul, en sus análisis, también abordará este fenómeno. Esta nueva franja de tiempo en el ser humano, carente de la racionalidad y el automatismo que definen la mayor parte de su vida, provoca su confusión. Domesticado por el sistema a lo largo de su existencia, la perturbación ante el denominado tiempo libre proviene según el autor de la «súbita ausencia de restricciones» (Ellul, 1980: 173).

Sostiene pues, que: «Tenemos que trascender estas cuestiones clásicas para ver el ocio como compensación del sometimiento obligado al automatismo del progreso tecnológico. [...] El ocio es la institución de un vacío que autorizaría elecciones» (Ellul, 1980: 174).

El ocio se vuelve así compensatorio y necesario. Al igual que en nuestros análisis sobre el trabajo, no se puede evaluar el ocio actual con categorías que no pertenezcan al sistema técnico. Así, las actividades del ser humano pertenecientes a sociedades pre-tecnológicas, se basaban en criterios que no se pueden reproducir en nuestro nuevo entorno (Ellul, 1980: 174).

Como en una *Matrioshka*, el sistema se recubre de capas que ocultan la naturaleza opresiva del mismo. Afirma Ellul a raíz de esto que:

En cambio, el automatismo tecnológico, matando la verdadera posibilidad de elección, hace la vida insoportable y asfixiante para el hombre, que no puede aceptar el hecho de que ya no manda. El ocio es la función respiratoria del sistema. Es la abertura que nos permite respirar, la escotilla de escape que da la ilusión de libertad; de ahí el afán espontáneo e irreflexivo por el tiempo libre (vacaciones, viajes de fin de semana, televisión, etc.) así como la doble maduración sistemática y reflexiva de los ingenieros y vendedores de actividades de ocio y de los intelectuales que se esfuerzan por hacer del ocio la justificación del sistema. (Ellul, 1980: 174)

Siguiendo estas reflexiones, y a la luz de los análisis aportados a este respecto por ambos autores, debemos hablar de la naturaleza del tiempo en nuestra sociedad técnica del consumo (Aunando, de manera muy simplificada las perspectivas de Ellul y Baudrillard).

4.2.1. El nuevo tiempo

1. El ocio es el reino de la libertad.
2. Todo hombre es, por naturaleza, sustancialmente libre e igual a los demás; basta con volver a colocarlo en estado de «naturaleza» para que recupere esa libertad, esa igualdad, esa fraternidad sustanciales. Así, las islas griegas y los fondos submarinos llegan a ser los herederos de los ideales de la Revolución francesa.
3. El tiempo es una dimensión a priori, trascendente, preexistente a sus contenidos. Está allí, lo espera a uno. Si es un tiempo alienado, esclavizado en el trabajo, entonces «uno no tiene tiempo». Si es tiempo fuera del trabajo o fuera de las obligaciones, «uno tiene tiempo». (Baudrillard, 2009: 267)

Partiendo de las palabras del pensador checo, postula Ellul que: «Richta tiene toda la razón al enfatizar que la característica básica del crecimiento tecnológico es la economía del tiempo» (Ellul, 1980: 78).

Dicha economía del tiempo, se basará en las características definitorias del propio proceso económico: la producción, la distribución y comercio.

Si tomamos ahora el corpus baudrillardiano, donde todo está integrado dentro del circuito del consumo, todo, incluido el tiempo libre, es objeto de captación, transmutación, integración y circulación dentro del sistema de intercambio de signos.

En este punto, nos valemos del refrán “el tiempo es oro” como recurso ilustrativo. El tiempo en nuestros días no supone tanto una forma priori de la sensibilidad interna como un elemento, si no quizá el más importante, del flujo de intercambio esquizoide que supone el fenómeno del consumismo contemporáneo:

El tiempo recortable, abstracto, cronometrado, se vuelve así homogéneo del sistema del valor de intercambio: entra en él en la misma condición que cualquier otro objeto. Objeto de cálculo temporal, puede y debe intercambiarse por cualquier otra mercancía (el dinero en particular). Por lo demás, la noción de tiempo/objeto tiene un valor reversible: así como el tiempo es un objeto, todos los objetos producidos pueden considerarse tiempo cristalizado, no solo tiempo de trabajo en el cálculo de su valor comercial, sino también tiempo de ocio, en la medida en que los objetos técnicos «economizan» tiempo de quienes los utilizan y se pagan en función de esa ventaja. (Baudrillard, 2009: 269-270)

La analogía con el metal dorado resulta así esclarecedora. Estamos tratando, de nuevo en palabras de Baudrillard, con: «[...] una mercancía rara, preciosa, sometida a las leyes del valor de intercambio» (Baudrillard, 2009: 269).

Tiempo libre. Libertad para tener tiempo. Tiempo para ser libre. Esta dimensión humana se transforma en «capital rentable, fuerza productiva virtual» (Baudrillard, 2009: 269).

Más el tiempo, por su propia consistencia, nos resulta volátil y efímero. Pese a que nos permea y nos constituye nos es imposible aprehenderlo, cita Baudrillard a Apollinaire a

este respecto: «Cuando hablo del tiempo, es porque ya no lo tengo» (Baudrillard, 2009: 268).

¿Cómo podemos entonces mercantilizar el tiempo? Baudrillard aporta un punto de vista ante este fenómeno que se relaciona con algunas de las características fundamentales del progreso técnico que propone Ellul. De esta forma:

[...] no hubo derecho al trabajo hasta que el trabajo llegó a ser, en el marco de la división del trabajo, una mercancía intercambiable, es decir, cuando dejó de pertenecerle propiamente a los individuos. Uno podría preguntarse si el «derecho a disfrutar del tiempo libre» no está señalando, de manera semejante, el paso del ocio, como antes del trabajo, al estadio de la división técnica y social y, por lo tanto, en los hechos, al fin del tiempo libre. (Baudrillard, 2009: 103-104)

Con estas premisas, ya podemos considerar el tiempo libre u ocio como objeto, como producto o como mercancía. Esa supuesta «dimensión absoluta, inalienable, como el aire, el agua, etc., se convierte durante el ocio en propiedad privada de todo el mundo» (Baudrillard, 2009: 267). Siendo, como hemos visto reiteradamente para Ellul, el sistema técnico un fenómeno totalizante, no debe pues dejar ningún espacio alternativo a la lógica de dicho sistema. Estamos ante un nuevo ocio, analicemos pues sus características, como siempre orientadas por las aportaciones de nuestros dos autores de referencia, para entender este nuevo paradigma en el que nos encontramos.

4.2.2. El empleo del tiempo⁷

En las sociedades primitivas no hay tiempo. La cuestión de saber si uno tiene o no tiene tiempo carece de sentido. El tiempo no es más que el ritmo de las actividades colectivas repetidas (rito de trabajo, de fiestas). No se lo puede disociar de esas actividades para proyectarlo en el futuro, para preverlo y manipularlo. No es individual, es el ritmo mismo del intercambio que culmina en el acto de la fiesta. (Baudrillard, 2009: 268)

La encrucijada entre los modelos tradicionales y los actuales es una constante inalterable en todos los aspectos de la vida que tratamos. La técnica es totalizante, ya lo hemos dicho con anterioridad. La educación ha sido tecnificada, el trabajo ha sido tecnificado, también «[...] la necesidad de jugar, que se descubre tan fundamental en el ser humano, es aprovechada por el sistema tecnológico (Ellul, 1980: 80).

Pero, como ya vimos en el caso del trabajo, la técnica nos impone un código. Deambulando por sendas poéticas, frente a la balada de Robert Frost⁸, la técnica siempre nos instará a tomar el camino señalizado, asfaltado y pulcro...eficiente. Así: «El ocio se concedió al hombre, pero sólo el ocio del consumidor. Las funciones primordiales del hombre de

⁷ Cantet, L. 2001. El empleo del tiempo [Film]. Haut et Court, arte France Cinéma, Rhône-Alpes Cinéma, Havas Image.

⁸ Alusión al poema *El camino no elegido* de Robert Frost (1874-1963).

crear, orar, juzgar desaparecieron en la marea creciente de bienes materiales» (Ellul, 1964: 166).

Este condicionamiento previo del obrar humano, o del no obrar, queda totalmente viciado ante la impronta de la técnica. Tanto Ellul como Baudrillard coinciden en los puntos clave que cimientan esta perspectiva. La ilusión del ejercicio de la libertad humana, de su inventiva y pluralidad, son explicitados en esa suerte de comportamiento estereotipado enmarcado en la realidad fantasmagórica que supone el tiempo libre tecnificado:

En todas partes y a pesar de la ficción de libertad que representa el ocio, asistimos a una imposibilidad lógica del tiempo «libre»: sólo puede haber tiempo obligado. El tiempo del consumo es el de la producción. Lo es en la medida en que nunca constituye más que un paréntesis «evasivo» en el ciclo de la producción. Pero, repitámoslo, esta complementariedad funcional (diferentemente compartida según las clases sociales) no es su determinación esencial. El ocio está constreñido en la medida en que, detrás de su gratuidad aparente, reproduce fielmente todas las restricciones mentales y prácticas propias del tiempo productivo y de la cotidianidad sometida. El tiempo de ocio no se caracteriza por actividades creadoras: la obra, la creación artística o de otra índole, nunca es una actividad del ocio. Generalmente se caracteriza por actividades regresivas, de un tipo anterior a las formas modernas de trabajo (actividades manuales, artesanías, coleccionismo, pesca). (Baudrillard, 2009: 272)

Esta última frase es fundamental dentro del pensamiento elluliano. La naturaleza parasitaria de la técnica, que toma de su huésped elementos previos y los metaboliza, según su propia fisiología, en nuevas moléculas ajenas al componente humano original. Ya sean las creencias, el trabajo, el ocio o la muerte; nada escapa a su control.

4.2.3. “La fábrica de sueños”⁹

Dijo Cassirer, en los albores del siglo XX que el ser humano es un animal simbólico. Tiempo después, el académico Walter Fisher elaborará la teoría del “paradigma narrativo” donde, en pocas palabras, se nos hablará de nuestra condición de seres humanos como narradores de historias. Harari por su parte, también hará hincapié en la importancia de las ficciones como elementos fundamentales en la construcción de las grandes civilizaciones.

No es motivo de este estudio abrir un debate acerca de lo que es o no es el ser humano. Más bien pretendemos señalar, reforzados por los pensadores que nos precedieron, la importancia de las historias, de la fantasía y de los sueños para nuestra especie. Somos animales con hambre de ficción¹⁰.

⁹ Denominación popular de Disney, la mayor compañía de la industria del entretenimiento y cuyo parque temático es uno de los mundos hiperreales que analiza Baudrillard en *Cultura y simulacro*.

¹⁰ Shields, D. (2019). *Hambre de realidad: un manifiesto*. Círculo de Tiza.

Dirá Ellul, en *La edad de la técnica*, que: «El sueño es huida hacia dentro» (Ellul, 2003: 380). No hablamos de una huida solipsista, sino de la constante y renovadora huida colectiva de todo el género humano a lo largo del despliegue histórico como réplica ante la realidad manifiesta. Dicho esto, y siguiendo la línea de su pensamiento, también postula que: «Hay una gran diferencia entre los sueños y esperanzas del pasado y los del presente» (Ellul, 1964: 267).

Tenemos los libros. La literatura nos proporciona el alimento necesario para esa ansia de ficción de la que hablábamos. El teatro también supone una forma de evasión para el ciudadano de la urbe en pleno bullicio industrial. Tras una jornada laboral exhausta, ya fuese en el campo o en la fábrica, por el precio de un asiento, puede participar del sueño orquestado por la compañía. Por un par de horas puede sumirse en el arrobamiento de la sala oscura. Por sus propias características: «El teatro suponía un mecanismo intelectual y dejaba al espectador en cierto sentido intacto y capaz de juzgar» (Ellul, 1964: 267).

Mientras tanto, el 22 de marzo de 1895, los hermanos Lumière revolucionan la historia con solo 46 segundos de nitrato de celulosa. Había nacido el cine. Ese mismo año realizaron la primera proyección pública, sumando varios títulos más hasta un total de 10 películas. Asistieron 33 personas, y cuenta la leyenda que salieron horrorizadas de la sala cuando se proyectó *La llegada de un tren*. En este acontecimiento se producen tres fenómenos simultáneos dignos de mención: El tren, símbolo mítico del progreso de la técnica, el cine como nuevo medio que hegemonizaría el arte de masas y el miedo de las personas que contemplan el suceso.

Enlazado con este punto, el artículo sobre Benjamin (otro autor fundamental en el estudio de la técnica), realizado por Marian, extrae la afirmación aclaratoria de que: «La reproducibilidad técnica es productora de fantasmagorías, las cuales producen una apariencia de realidad que engaña a los sentidos por medio de la manipulación artificial. “Las fantasmagorías son una tecnoestética”» (Marian, 2016: 214).

El cine, con su poder de fascinación, permite asemejar las aflicciones de los espectadores con los dramas expuestos en la pantalla, consiguiendo la inmersión completa del espectador en la realidad fílmica. Este vínculo no solo se circunscribe al ámbito psicológico, sino también al afectivo e incluso al espiritual. De esta forma, sostiene Ellul que:

[...] la gente va al cine para escapar y en consecuencia ceder a sus presiones. Encuentran el olvido, y en el olvido la dulce libertad que no encuentran en su trabajo ni en su casa. Viven en la pantalla una vida que, de hecho, nunca vivirán. (Ellul, 1964: 267)

Pero esa identificación absorbe los verdaderos problemas de estos seres humanos. Las dificultades planteadas en la película son ficticias, no requieren de una reflexión profunda o de una intervención directa, se resuelven en el propio discurrir del filme. Los sueños que se transmiten a través del proyector tienen, para Ellul, la capacidad de administrar en el ser humano unas «dosis de vida interior» (Ellul, 1964: 268).

En el caso del cine con tramas más filosóficas o con un cariz más político, que en un principio pueden contener el potencial subversivo que caracteriza el arte, no llegan al gran

público. Aquí se dan una serie de fenómenos interrelacionados. Ellul sostiene, en primer lugar, que dichas películas no satisfacen los deseos de los espectadores, pero dichos gustos ya han sido amoldados previamente por el sistema. Por otra parte, el propio sistema técnico se vale de la potencia del nuevo medio artístico para justificar su propia lógica interna. El capital se concentrará en las producciones destinadas a la evasión y al entretenimiento inocuo, que sirvan como compensación a la opresión del propio sistema. Así, estas serán grandes éxitos que redundarán, a su vez, en las grandes compañías del entretenimiento favoreciendo, de nuevo, el ciclo cerrado del consumismo y la perpetuación del universo técnico. Siendo así que:

La pasión moderna por las películas se explica completamente por la voluntad de escapar. Así como el ritmo de trabajo o la autoridad del Estado presupone la adhesión espiritual y, por tanto, la propaganda, la condición humana bajo el régimen de la técnica supone el escapismo que ofrecen las técnicas de diversión. Uno no puede dejar de maravillarse ante una organización que proporciona el antídoto mientras destila el veneno. (Ellul, 1964: 268)

Retomamos de nuevo el estudio benjaminiano que realiza Marian, para poner énfasis en las apreciaciones de ambos autores sobre la nueva realidad en la que se inserta el ser humano. Si tomando las palabras de Susan BuckMorss: «La tecnología tendría, en el plano de lo colectivo, la función anestésica que tiene una droga en el plano individual» (Marian, 2016:214), concluye que en este, nuestro mundo actual: «La paradoja de la industria cultural es la de que los mismos individuos estén encantados de saber que son engañados, y que el mundo en el cual viven es ficticio» (Marian, 2016: 217).

Jacques Ellul, fallecido en 1994, no pudo sino ver los primeros indicios de lo que supondría el fenómeno de la telefonía móvil. Ya no digamos internet. No obstante, sus análisis sobre la radio, aunque en cierto modo desfasados, nos ayudarán a entender como la tecnología nunca se separa de nosotros. En nuestro contexto actual y a través de los auriculares de nuestro Smartphone, la tecnología anula la turbación que produce la escucha constante de la cacofonía técnica. Tráfico, maquinaria, diálogos entrecortados a través de conversaciones telefónicas; constituyen la banda sonora diaria de los transeúntes. Al salir a la calle y ponernos los auriculares o al entrar en el automóvil y poner la radio, estos nos protegen del ruido irracional que emite el mundo. El ambiente auditivo creado nos acompaña siempre y nos tranquiliza con su proximidad, pero también nos confina. Ese aislamiento no se limita solo a los demás sino que también se aplica a nuestra interioridad. El silencio favorece la introspección. Como ya cantó el gran poeta sevillano:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Concluye, de esta manera Ellul, en que: «No existe otro instrumento comparable de aislamiento humano. La radio, y la televisión aún más que la radio, encierran al individuo en un universo mecánico resonante en el que está solo» (Ellul, 1964: 268-269).

Actualmente, la desconexión es imposible. Salvo por un cataclismo mundial de proporciones bíblicas, una invasión alienígena o una pandemia de cordyceps; como tan bien han relatado las diversas obras de ciencia ficción. Si nada de esto ocurre, seguiremos escuchando, tanto en la intimidad de nuestro hogar o en el bullicio de las calles, a través de nuestros cascos (alámbricos o inalámbricos), nuestra música favorita, el último *Podcast* sobre actualidad o simplemente las noticias a tiempo real (Hiperreal como diría Baudrillard). El monopolio auditivo del ser humano contemporáneo pertenece, una vez más, a la técnica.

Pero sería parcial quedarnos con un solo órgano sensorial. Ya sabemos que el despliegue técnico no escatima en medios cuando de extenderse se trata. Si ya contaba con el monopolio de nuestros oídos, el ser humano no deja de ser un animal cardinalmente visual. De esto se concluye que dicho sentido debe ser también objeto de la técnica.

En su libro *Diseño para los ojos* el comunicólogo Joan Costa sostiene, con respecto a la vista, que:

Una cosa es el ojo. Otra cosa distinta es la mirada. El ojo ve. La mirada mira. Viendo, el ojo se distrae y se hace vulnerable. La mirada domina. El ojo es receptor de sensaciones luminosas. La mirada es activa: busca, escudriña, exige y contempla; absorbe información, emociones y valores. Y también los emite. La visión es el único órgano del aparato sensorial que posee esta doble capacidad receptora y emisora de mensajes; junto con el tacto (aunque la información percibida por el tacto es muy débil). Por eso la mirada es táctil: palpa. (Costa, 2008: 15)

Con semejante trascendencia, sería inaudito para la técnica obviar la potencia de este órgano. Sostiene el pensador francés que:

La televisión, por su poder de fascinación y su capacidad de penetración visual y auditiva, es probablemente el instrumento técnico más destructivo de la personalidad y de las relaciones humanas. Lo que el hombre busca es evidentemente una distracción absoluta, un olvido total de sí mismo y de sus problemas, y la fusión simultánea de su conciencia con una omnipresente diversión técnica. (Ellul, 1964: 269)

De esta forma se cumple la prédica: «La tentadora televisión invitándome a huir» (Gergen, 2006: 187 como se citó en Fernández-Bacones, 2021: 77).

De la misma manera, podemos enriquecer el punto de vista del pensador francés con los estudios de Marian sobre Günter Anders. Si el acontecimiento televisivo forma parte constitutiva de la esfera del ocio, no mucho menos lo hace del trabajo, el sistema técnico vuelve a caracterizarse por integrar cada uno de sus elementos de forma totalmente holística y que se relaciona perfectamente a su vez con la omnipresencia del consumo postulada por Baudrillard en sus tesis:

Cada consumidor, afirma Anders, se convierte en un trabajador no asalariado, que contribuye a la formación del individuo de masas. El desempleado o el trabajador en su tiempo libre siguen participando en el proceso de producción de una forma

totalmente nueva, por un lado consumiendo el producto del medio televisivo, y por el otro a través del consumo, siendo modelados por este. (Marian, 2015: 9)

Junto con el pensador Carlos París, compartimos el punto de vista de que: «La televisión ha adquirido un lugar central en toda la sociedad de nuestra época, cumpliendo una función análoga a la del fuego sagrado en el hogar de los antiguos» (París, 1984: 190).

Si para Bachelard: «La casa es nuestro rincón del mundo. Es nuestro primer universo. Es realmente un cosmos» (Bachelard, 1965: 34 como se citó en Fernández-Bascones, 2021: 66) asistimos a «[...] la transformación del Hogar en Trans-hogar o Tele-casa (término de J. Echeverría)» (Fernández-Bascones, 2021: 66).

Pese a todo esto, la televisión aún posee un fuerte componente social y familiar. Ese elemento no se ha perdido, al menos no del todo. Las noticias coinciden con los horarios de las comidas y cenas. Las familias aún se reúnen para ver juntos su serie preferida en cualquier plataforma de *Streaming*. Los amigos toman unas cervezas viendo algún *Gameplay* de su *Influencer* favorito. Las parejas siguen quedando en casa para ver alguna película mediocre.

Si en el fragmento de Costa, manteníamos que la mirada es a su vez receptora y emisora, la pantalla, en su absorción totalizante de ésta, impide la alteridad de los congregados en torno al aparato televisivo. El hogar tecnificado como reminiscencia de la caverna platónica (Marian, 2015: 11).

Ellul describe esta nueva realidad doméstica insistiendo en la omnipresencia del fenómeno técnico en todas las esferas de la vida del individuo. Pese a pequeñas irregularidades en el sistema, este funciona convenientemente ante el sujeto. Cada vez encontramos una menor resistencia en el mundo. El bienestar derivado de la tecnificación hace que cada vez tengamos menos de que hablar en nuestro ambiente más íntimo. Como sostiene Harari el «chismorreo» (Harari, 2014: 31) contribuyó a que nuestros antepasados construyesen grupos más numerosos y a fortalecer la cohesión dentro de dichos grupos. Ya no necesitamos de este elemento, puesto que en el ambiente familiar la presencia tecnológica sustituye la reflexión individual y la interacción con los demás. La tecnología que envuelve el ambiente domestico produce que:

Los miembros de la familia están, en efecto, todos presentes materialmente, pero centrados en el televisor, no se conocen entre sí. Si no se soportan ni se entienden, si no tienen nada que decir, la radio y la televisión se lo hacen fácil de sobrellevar restableciendo las relaciones exteriores y evitando fricciones. Gracias a estos dispositivos técnicos, ya no es necesario que los miembros de una familia tengan nada que ver entre sí, ni siquiera que sean conscientes de que las relaciones familiares son imposibles. Ya no es necesario tomar decisiones. Es posible que una pareja casada conviva mucho tiempo sin encontrarse nunca en el vacío resonante de la televisión. Esto también es un curioso medio de escape, de esconderse de los demás en lugar de uno mismo. Es la máscara moderna que el hombre se pone todas las tardes, que por desgracia carece de las virtudes de la máscara antigua, demoníaca y divina. (Ellul, 1964: 268)

Se puede afirmar con esto, en palabras de otro gran pensador francés, que lo que se da en nuestro mundo hipervinculado por los *Mass media* es una estricta «relación social entre personas mediatizadas por imágenes» (Debord, 2000: 9).

Pero el aparato televisivo era un armatoste. El dominio técnico del *Black mirror* se circunscribía al ámbito doméstico, al bar de turno o al transporte público. Aun se podía recurrir a la naturaleza (Baudrillard contradeciría con vehemencia mis palabras) y apartarse del bombardeo de la imagen procesada. Pero la llegada de la telefonía móvil, al igual que en el campo auditivo, cambió el mundo visual del ser humano para siempre. Así:

Si la posmodernidad ha acelerado este «re poblamiento» de datos de nuestras esferas pública y privada, lo ha hecho a costa de una realidad que ha ido mostrando señales cada vez más fuertes de «despoblamiento» de sentido. En efecto, la era de la técnica, anunciada no solo por Heidegger, sino también por pensadores como Dessauer, Mumford, Sloterdijk e incluso el mismo Ortega, se ha movido en una relación casi directa con nuestra pérdida de sentido. Esta suerte de angustia frente a la ausencia de sentido [...] ha determinado algo parecido a un «giro hiperinformativo», que se expresaría fundamentalmente en un culto a la información. (Aqueveque, 2021: 336)

Puede que el universo quepa en una cáscara de nuez, pero no es menos cierto que cabe en nuestro bolsillo. Conocimiento, agenda, entretenimiento, gustos, información personal (fotos, videos, preferencias...), dinero, comunicación, ubicación geográfica en tiempo real... Condensados en menos de 200 gramos. Todo está conectado siempre, todos estamos conectados siempre.

Parecería que la red nos transformara en lo que Zafra ha querido llamar “nómadas del progreso”. El desarrollo de las nuevas tecnologías tiene como consecuencia la minimización del espacio de sus dispositivos, permitiendo más portabilidad. La conexión con lo público no depende ya de un centro desde el cual conectarse: podemos abandonar la privacidad de un recinto cerrado, cercado (amurallado...) con dispositivos que permiten el moverse-de-sitio, que permiten llevar nuestra casa a cuestas para estar siempre conectados... (Fernández, 2021: 75)

Entroncado con esta perspectiva, se halla la propuesta de Augé, que recoge también Fernández Bascones en su artículo:

Hoy se puede decir que el no lugar es el contexto de todo lugar posible. Estamos en el mundo con referencias que son totalmente artificiales, incluso en nuestra casa, el espacio más personal posible: sentados ante la tele, mirando a la vez el móvil, la tableta, con los auriculares... Estamos en un no lugar permanente; esos aparatos nos están colocando permanentemente en un no lugar. Llevamos el no lugar encima, con nosotros. (Augé, 1995: 202 como se citó en Fernández-Bascones, 2021: 80-81)

Finalizado con este apartado sobre los nuevos medios de entretenimiento, el autor ya citado Carlos París, en su libro *Crítica de la civilización nuclear*, dedica el capítulo titulado: *Información y poder. El control industrial de la conciencia*, a detallar la posición

del ser humano ante dichos medios y que aún en muchas de sus apreciaciones tanto la perspectiva de Ellul como la de Baudrillard.

Finalizamos este apartado con un resumen de sus elementos más significativos:

1. El objetivo natural es desplazado por la imagen elaborada. La realidad es la pantalla. Por lo menos la realidad preferible (París, 1984: 193).
2. En el caso de la persona que circula embutida en un casco audio-fónico, incluso en el espacio público, en medio de la muchedumbre, el individuo prosigue su aislamiento del medio y su religación a la industria productora de sonidos (París, 1984: 193).
3. [...] Toda absorción unilateral de la cantidad de fuentes de experiencia, vivencia e información que el hombre posee es –resulta realmente una verdad tautológica- empobrecedora (París, 1984: 194).
4. [...] los peligros de nuestra situación no radican en la aparición de nuevos canales y formas de mensaje – como tal es un hecho enriquecedor- sino en su capacidad de desplazar a otras fuentes de conocimiento y de cultura, también de contacto vivo con la realidad (París, 1984: 195).
5. [...] Uno de los rasgos que caracterizan al actual flujo electrónico de mensajes es la pasividad básica del receptor (París, 1984: 195).
6. Una cosa es desarrollar un discurso de modo retórico-persuasivo con componentes emocionales y de contagio, y otra muy diversa poner su contenido por escrito, vertebrar su estructura lógica y exhibir el texto ante el ojo escrutador y dueño de sus movimientos, ante el gesto de caza del lector (París, 1984: 196).
7. Es una personalidad (la nuestra) dominada por la avidez de sensaciones, de una nueva forma de hedonismo y radical alienación, enclaustrada autísticamente en el mundo con que la industria mental configura su entorno, la forma humana que tendencialmente fomenta nuestra civilización. Se distienden, así, las amarras con la realidad social y física hacia un interior mundo artificial, mientras el pensamiento crítico, conceptual, y la iniciativa creadora, la capacidad del esfuerzo, retroceden. Las tendencias disolventes [...] son fabricadas ahora en el sentido más literal, tecnológico e industrial (París, 1984: 197).

4.2.4. Deporte

El deporte siempre ha mantenido una relación estrecha con el ocio. Una suerte de liberación física y espiritual a través del esfuerzo, no impuesto sino ansiado, de toda la potencialidad humana (individual y colectiva) a merced de la propia gratuidad de lo lúdico.

Nuestro referente patrio en este campo, no es otro que Ortega y Gasset que mantuvo que:

Si entendemos por trabajo el esfuerzo que la necesidad impone y la utilidad regula, yo sostengo que cuánto vale algo sobre la tierra no es obra del trabajo. Al contrario, ha nacido como espontánea eflorescencia del esfuerzo superfluo y

desinteresado en que toda naturaleza pletórica suele buscar esparcimiento. La cultura no es hija del trabajo, sino del deporte. [...] Algún día trataré de explicar por qué he llegado a esta convicción, mostrando cómo la marcha de la sociedad, junto con los nuevos descubrimientos de las ciencias, obligan a una reforma radical de las ideas en este punto y anuncian un viraje de la historia hacia un sentido deportivo y festival de la vida. (Ortega y Gasset, 1983: 302 como se citó en Herraiz, 2011: 156)

Si el deporte no ha pasado desapercibido por la filosofía, mucho menos lo ha sido como objeto de la técnica.

El pensador Ernst Jünger, que fue coetáneo de Ortega, de Ellul, de Baudrillard y nuestro también. Tan longevo en años como en producción intelectual, abordó dicho fenómeno que posteriormente recataría Ellul en *La sociedad tecnológica*. Así, los actuales deportistas:

[...] “tienden a llevar a la perfección el lado mecánico de su actividad”. Esta mecanización de las acciones va acompañada de la mecanización de los artículos deportivos: cronómetros, máquinas de arranque, etc. En esta medida exacta del tiempo, en este entrenamiento de precisión de las acciones musculares y en el principio del “registro”, encontramos repetido en el deporte uno de los elementos esenciales de la vida industrial. (Ellul, 1964: 271)

Vemos hoy como esta mecanización no solo se ha perfeccionado, sino que ha proliferado y se ha ampliado al ámbito no profesional del deporte. Como afirma Ellul: «Lo más importante, sin embargo, no es la formación de unos pocos especialistas, sino la extensión de la mentalidad deportiva a las masas» (Ellul, 1964: 271).

La monitorización de las constantes, el registro de las actividades, la evolución de las prácticas deportivas, las rutas, la quema de calorías, horas de sueño, adecuación del calzado y ropa deportiva derivada del seguimiento exhaustivo del usuario por parte de los profesionales técnicos... Todo esto sucede hoy en una esfera que, originalmente, pertenecía a la distracción y el divertimento.

Al igual que en el trabajo, desde la etapa de la educación infantil, se busca la inserción del individuo en el complejo técnico; con el deporte se sigue el mismo patrón. La cultura del éxito en el deporte, que se aplica a los niños de las formas más creativas, no es más que la máscara eufemística de la doctrina de la eficiencia que constituye la técnica. De esta forma: «En el deporte, como en otros lugares, no se permite que exista nada gratuito; todo debe ser útil y debe estar a la altura de las expectativas técnicas» (Ellul, 1964: 272).

Junto con el trabajo, Ellul habla del componente disciplinario y dictatorial que se enmascara tras la propaganda dirigida al deporte de masas (Ellul, 1964: 271).

Este paradigma lo representamos hoy ante la imagen el gimnasio moderno. Tras su jornada laboral el trabajador, transmutado ahora en deportista, ficha para acceder al gimnasio como lo haría en la fábrica, sigue una serie de rutinas perfectamente establecidas como lo haría en una fábrica, está rodeado de máquinas y de personas que ejecutan a su vez acciones que nada tienen que ver con él, como en una fábrica... La lista de similitudes es interminable.

Si el componente disciplinario no era suficientemente evidente, gran parte de las actividades físicas que se realizan en estos centros se basan tanto en la simbología como en la rutina castrense, donde el monitor se convierte en instructor militar y el cliente en cadete.

Además, de todo esto, se recurre a vitaminas, proteínas liofilizadas, estimulantes y demás suplementos alimenticios (algunos de ellos perjudiciales para la salud); con el único fin de optimizar las actividades y mejorar sus capacidades.

Finalizando este apartado, en palabras de Ellul:

Aquí también el ser humano se convierte en una especie de máquina, y su actividad controlada por la máquina se convierte en una técnica. Esta civilización técnica se beneficia de esta mecanización: el individuo, mediante la disciplina que le impone el deporte, no sólo juega y se relaja de las diversas compulsiones a las que está sometido, sino que sin saberlo se entrena para nuevas compulsiones. Se repite un proceso familiar: el juego y el disfrute reales, el contacto con el aire y el agua, la improvisación y la espontaneidad desaparecen. Estos valores se pierden en la búsqueda de eficiencia, registros y reglas estrictas. El entrenamiento deportivo hace del individuo un eficaz aparato que, en adelante, no conoce sino el duro placer de explotar su cuerpo y ganar. (Ellul, 1964: 271)

4.2.5. Tiempo y derroche

Finalmente, para rematar esta sección sobre el tiempo libre, es interesante resaltar algunas de las apreciaciones que, al respecto, teorizó Jean Baudrillard.

Si al principio del capítulo nos valimos del refrán “el tiempo es oro” para resumir la categoría actual del tiempo como capital, como mercancía rara y valiosa; esta metáfora nos servirá también para abordar este último uso que da nuestra sociedad contemporánea al tiempo libre.

Al igual que una joya elaborada a partir de materiales preciosos, el ocio se confecciona con el más singular de éstos: el tiempo. Si continuamos con esta analogía, la relación histórica entre el ser humano y la joyería siempre ha poseído un firme carácter simbólico: El de la representación del estatus.

La corona bruñida inviste al rey de divinidad, el orbe condensa el poder en oro y lo que besa el siervo es un anillo de rubíes. Todo está perfectamente entretelado en la estructura simbólica del mundo. De esta forma, si alguien quiere demostrar poder, tiene que engalanarse como un poderoso.

Este planteamiento tomará derroteros más sutiles, menos materiales, con la entrada del tiempo libre dentro de las dinámicas de la sociedad del consumo baudrillardiana. El tiempo se ha convertido en un vehículo de ostentación:

En realidad, sólo por analogía y por proyección de nuestra concepción cronométrica lo llamamos «tiempo»; en realidad es un ritmo de intercambio. En

un sistema integrado y total como es el nuestro, no podría haber disponibilidad de tiempo. Y el ocio no es disponibilidad de tiempo, es ALARDE. Su determinación fundamental es la obligación de diferenciación respecto del tiempo de trabajo. Por lo tanto, no es autónomo: se define por la ausencia del tiempo de trabajo. Como esa diferencia constituye el valor profundo del ocio, está connotada en todas partes, aparece marcada con redundancia, sobreexpuesta. En todos sus signos, en todas sus actitudes, en todas sus prácticas y en todos los discursos en los que se habla de él, el ocio vive de esta exposición y sobreexposición de sí mismo en cuanto tal, de esa ostentación continua, de esa MARCA, de ese ALARDE. Puede quitársele todo lo demás, suprimírsele todo lo demás, menos eso. Porque eso es lo que lo define. (Baudrillard, 2009: 277)

Pero, siguiendo con la analogía joyera, la tiara que abraza nuestro cuello, que nos reviste de lujo, si es demasiado pesada puede convertirse en yugo. El cuerpo claudica ante el peso. Lo mismo se estrangula uno por oro que por yute.

Paradójicamente, una vez más, la tecnificación del tiempo ha convertido al amo en esclavo de su propia lógica. El ser humano, en su condición de elemento del sistema, deberá «demostrar la inutilidad de su tiempo, exhibir el excedente de tiempo como capital suntuario, como riqueza» (Baudrillard, 2009: 276).

Siguiendo con este razonamiento, concluimos con el pensador francés en que:

El tiempo libre puede ser toda la actividad lúdica con que lo llenamos, pero es ante todo, la libertad de perder el propio tiempo, eventualmente de «matarlo», de gastarlo a pura pérdida. (Por lo que resulta insuficiente decir que el ocio está «alienado» por el hecho de que sólo es el tiempo necesario para reconstituir la fuerza de trabajo. La «alienación» del ocio es más profunda: lo esencial no es que esté directamente subordinado al tiempo de trabajo, sino que está ligado a LA IMPOSIBILIDAD MISMA DE PERDER EL PROPIO TIEMPO.) El valor verdadero del uso del tiempo, el valor que el ocio intenta restituir desesperadamente, es el de poder perderlo. [...] El individuo está atado a «su» tiempo como Prometeo a su roca, encadenado al mito prometeico del tiempo como fuerza productiva. Sísifo, Tántalo, Prometeo: todos los mitos existenciales de la «absurda libertad» caracterizan bastante bien al veraneante en su decorado, en sus esfuerzos desesperados por simular una «vacante», una gratuidad, una desposesión total, un vacío, una pérdida de sí mismo y de su tiempo que NO PUEDE alcanzar, pues es un objeto encerrado en una dimensión definitivamente objetivada del tiempo. (Baudrillard, 2009: 271)

5. LA TERCERA EDAD

*No es civilización para viejos.*¹¹

La última fase de esta biografía técnica del ser humano corresponde, como bien indica su título a la tercera edad.

Después de una larga andadura entre el ocio y el trabajo, la jubilación enmarca al ser humano en un nuevo paradigma. Una vez cumplida su cuota para con la sociedad, llega el momento de descanso del frenesí que le impone el mundo contemporáneo. Comienza una nueva etapa caracterizada por un ritmo más pausado, adecuado a su condición orgánica.

En esta fase, como veremos a continuación, es donde más impronta tiene la nueva corporalidad que impone el fenómeno técnico.

Si en palabras de Ellul: «La técnica hace su mayor contribución en la cirugía y la medicina» (Ellul, 1964: 272), debido a nuestra estructura orgánicamente frágil, sometida a las inclemencias del entorno (aunque cada vez más adaptadas a nuestro “bienestar” por el propio sistema técnico), no somos inmunes a las enfermedades (físicas o mentales), a los accidentes e incluso a la violencia de nuestros semejantes (gran parte de estos problemas a su vez derivados del propio entorno tecnológico). La técnica aún no ha conseguido, pese a su armazón organizativo, eliminar el componente de imprevisibilidad que supone la combinación de lo orgánico en el medio técnico. Puede que ya no estemos sujetos (al menos tanto como en los estadios pre-tecnológicos) a las inclemencias del medio natural, pero en cambio sí lo estamos a los factores agresores en un medio tecnificado. Este proceso, siguiendo siempre la lógica interna del sistema, se traduce en que: «La biologización del cuerpo y tecnificación del entorno van a la par en la misma neurosis obsesiva» (Baudrillard, 1980: 209).

Contaminación, alimentación, proliferación de residuos, estrés, ritmos alterados... Estos factores y muchos más juegan en detrimento de la estabilidad de nuestro organismo.

Si durante la denominada “Etapa productiva”, las técnicas médicas y farmacológicas tienen una clara intención de inserción del cuerpo dentro de la estructura laboral creada. Necesitando: «[...] seres humanos íntegros, vigorosos, en plena forma moral, intelectual y física, para que le sirvan mejor. Lo que necesita son medios para integrar totalmente a estos hombres íntegros» (Ellul, 2003: 388). En el caso de la tercera edad, estos criterios ya no son aplicables. Aunque, pese a lo que pueda parecer inicialmente, el sistema técnico en su complejo totalizador, aún guarda una función social para esta etapa vital. En palabras de Baudrillard en *El intercambio simbólico y la muerte*:

[...] en el caso de los ancianos: no son explotados; si se les deja vivir a expensas de la sociedad, si se les fuerza a vivir, es porque son el ejemplo vivo de la acumulación de la vida (opuesta a su consumación). La sociedad los mantiene como modelos de valor de uso de la vida, de acumulación y de ahorro. Y es por esto que ya no tienen en nuestra sociedad ninguna presencia simbólica. (Baudrillard, 1980: 190)

¹¹ Referencia a la novela: McCarthy, C. (2007). *No es país para viejos*. Debolsillo.

Se perpetúa de nuevo la aniquilación del simbolismo por medio de la técnica. Si bien ya hemos abordado este acontecimiento en capítulos anteriores, en este cobra una especial relevancia por lo que conlleva dicha supresión simbólica para una sociedad.

Para Baudrillard, mientras que:

En otras formaciones sociales, la vejez existe verdaderamente, como base simbólica del grupo. El estatus de anciano, que perfecciona el de ancestro, es el más prestigioso. Los «años» son una riqueza real que se intercambia en autoridad, en poder, en cambio hoy los años «ganados» no son sino años contables, acumulados sin poder intercambiarse. La esperanza prolongada de vida no ha desembocado, por lo tanto, sino en una discriminación de la vejez; ésta deriva lógicamente de la discriminación de la muerte misma. Lo «social» aquí también ha cumplido su tarea. Ha hecho de la vejez un territorio «social» [...], ha socializado esta porción de vida encerrándola en sí misma. Bajo el signo «benéfico» de la muerte natural, ha hecho de ella una muerte social anticipada. (Baudrillard, 1980: 191)

Si en las etapas anteriores de nuestra vida estábamos supeditados a los imperativos de la técnica, la tercera edad no será una excepción. Si de la trasfiguración técnica de los fenómenos tradicionales de trabajo, tiempo libre o educación emanaban nuevas estructuras totalmente independientes de sus características originales para transmutarse en elementos integrados dentro del sistema técnico; de los profundos análisis de Baudrillard sobre el concepto de salud y de muerte en el mundo contemporáneo se pueden extrapolar resultados similares.

De esta forma, el concepto de “Nueva salud” postulado por el autor se basa en la transición del concepto salud, por medio de las dinámicas de la sociedad hiperconsumista, de «un imperativo biológico vinculado con la supervivencia» a «un imperativo social vinculado con el estatus» (Baudrillard, 2009: 246). Esta transformación de la salud en nuestra sociedad actual es indivisible de la propia conversión que ha sufrido la concepción del cuerpo y que ya hemos analizado en capítulos anteriores. El cuerpo ahora es considerado «como objeto de prestigio y de salvación, como valor fundamental» (Baudrillard, 2009: 248). Ambos factores dan cuenta de dinámicas actuales como son la del abusivo consumo de medicamentos, la sobrecarga de los servicios médicos, la excesiva vinculación entre seguimiento, control y atención médica y el nivel adquisitivo del individuo, el auge de la medicina estética... En este sistema: «Médico y medicamento tienen una virtud cultural más que una función terapéutica y se consumen como maná “virtual”» (Baudrillard, 2009: 248). El culto al cuerpo se ha convertido en una obligación moral individual al igual que en un elemento de respeto social. Al igual que como ya vimos, en la sociedad presente, el tiempo se convierte en mercancía para exhibir un determinado nivel de consumo, el cuerpo cumple, en su caso particular, una función análoga: La exaltación físico-fisiológica derivada del prestigio consumista. Estar más sano, parecer más joven o estar en mejor forma son características necesariamente vinculadas con el estrato al que se pertenezca dentro del sistema híper-consumista que propone Baudrillard.

Mientras que en caso de la “Nueva muerte”, para el pensador francés este nuevo concepto surge de la unión entre la visión reduccionista de la muerte como fenómeno biológico al

igual que de la racionalización de esta, a través de la estandarización de lo que se supone una muerte ideal. De esta forma, este binomio queda perfectamente enmarcado dentro de nuestro paradigma tecno-científico. Así:

[...] vivir se vuelve un proceso de acumulación, y la ciencia y la técnica entran en juego en esta estrategia cuantitativa. Ciencia y técnica no vienen en absoluto a colmar un deseo original de vivir el mayor tiempo posible; es el tránsito de la vida al capital-vida (a una evaluación cuantitativa) mediante la desintrincación simbólica de la muerte, lo que promueve una ciencia y una técnica biomedical de prolongación de la vida. (Baudrillard, 1980: 189)

Estas nuevas nociones de salud y muerte, se encuadran perfectamente dentro de las características del sistema técnico elluliano, sintetizadas y abordadas por pensadores actuales como Adrián Almazán o Marco Marian. La racionalidad, indivisibilidad y totalización del sistema se hacen extremadamente patentes en los aspectos de la salud y la muerte. La extensión del fragmento se justifica ante su importancia:

Porque el mismo objetivo que se inserta en el monopolio de la violencia institucional y de la muerte se realiza igualmente en la supervivencia forzada, en el forcing de la vida por la vida (riñones artificiales, reanimación intensiva de los niños con anomalías, agonías prolongadas a fuerza de lo que sea, injertos de órganos, etc.). Procedimientos todos que equivalen a disponer de la muerte y a imponer la vida -¿de acuerdo con qué finalidad? ¿La de la ciencia y la medicina? Pero entonces eso es paranoia científica, y sin relación con algún objetivo humano. ¿La de la ganancia? No: la sociedad entierra en ello sumas gigantescas. Esta «terapéutica heroica» se caracteriza por los costos crecientes y las ventajas decrecientes»: se fabrican supervivientes improductivos. Si la Seguridad Social puede ser analizada aún como reparadora de fuerza de trabajo en beneficio del capital», ese argumento no tiene valor aquí. De tal modo que el sistema vuelve a encontrarse ante la misma contradicción que en lo relativo a la pena de muerte: eleva la oferta a la preservación de la vida como valor porque tal sistema de valores es esencial al equilibrio estratégico del conjunto, pero esta sobrepuja desequilibra económicamente el conjunto. [...] Todo esto va en la dirección de un aumento del control social, porque, detrás de todas las contradicciones aparentes, el objetivo es seguro: asegurar el control sobre toda la extensión de la vida y de la muerte. Del birth-control al death-control, se ejecute a la gente o se les obligue a sobrevivir; y la prohibición de morir es la forma caricatura pero lógica, del progreso de la tolerancia. Lo esencial es que la decisión escape a ellos y que jamás sean libres de su vida y su muerte, sino que vivan y mueran bajo control social.

Resulta incluso demasiado que continúen librados al azar biológico de la muerte, porque es aún una especie de libertad. De la misma forma que la moral ordena: «No matarás», hoy ordena: «No morirás»; en todo caso no de cualquier forma, y solamente si la ley y la medicina lo permiten. Y si la muerte es concedida, será mediante decisión. En resumen, la muerte propia queda abolida en provecho del death-control y de la eutanasia: ni siquiera se trata, propiamente hablando, de la muerte, sino de algo completamente neutralizado que se inserta en las reglas, en los cálculos de equivalencia: rewriting-planning-programming-system. La muerte

debe poder ser asegurada como servicio social, integrada como la salud y la enfermedad, bajo el signo del Plan y de la Seguridad social. [...] ¿Por qué no ha de transformarse la muerte en un servicio social, desde el momento en que, como todo el resto, se ha funcionalizado como consumo individual y se ha hecho computable en el input-output social? Para que el sistema admita tales sacrificios económicos en la resurrección artificial de sus deshechos vivientes, tiene que haber en ello un interés fundamental en retirarle a la gente hasta el azar biológico de su muerte. [...] Hay que delegar la justicia, la muerte, la venganza en una instancia trascendente «objetiva». Hay que arrancar la muerte y la expiación al circuito, monopolizarlas en la cumbre y redistribuirlas. Es necesaria una burocracia de la muerte y del castigo, igual que es necesaria una abstracción de los intercambios económicos, políticos y sexuales; si no, toda la estructura del control social se derrumba. (Baudrillard, 1980: 204-205-206).

Las finalidades del proceso son exclusivamente técnicas y los mecanismos para la perpetuación de estas son: Control, control y más control.

La técnica se apodera de los conceptos, del tiempo y del espacio que conforman la vida humana y su ausencia. Igual que se infiltraba en los hogares a través de los *Mass media*, también dentro de las dinámicas referidas a la salud y a la muerte, ha compartimentado y adaptado el espacio a sus fines. Si no hay resquicio conceptual, mucho menos debe haberlo físico. De esta forma: «Toda nuestra cultura es higiénica: su objetivo es expurgar la vida de la muerte» (Baudrillard, 1980: 212). Como acabamos de mencionar, ese expurgo es tanto abstracto como físico-espacial, pues el enfermo calificado como: «Virtualmente muerto» (Baudrillard, 1980: 216) debe ser posicionado dentro del sistema técnico en «un espacio-tiempo funcional que se encarga de neutralizar la enfermedad y la muerte en su diferencia simbólica» (Baudrillard, 1980: 216).

En el espectáculo de los *Funeral homes* es donde Baudrillard expresa de manera más fehaciente el acontecimiento de la hiperrealidad, con todos sus componentes definitorios, de la muerte contemporánea. Así, si los primitivos devuelven al muerto a su estado original para que puedan seguir siendo compañeros y compartir signos. Los servicios funerarios modernos son diferentes, ya que tratan de mantener al muerto con un aspecto y comportamiento de vida, conservando su piel, color y sonrisa, incluso pareciendo más fresco de lo que fue en vida. Se convierte en «simulacro de vida». Al fallecido, se le impide naturalmente pudrirse y cambiar, perdiendo su derecho a la diferencia y, por ende, un estatus social. Se debe adornar al fallecido de manera artificial para evitar el enfrentamiento de la carne abandonada a su suerte, que ya no tiene ningún significado. No se trata de hacer que el muerto parezca vivo, existe una negación a permitir que la muerte tenga significado, y de mantenerla como elemento engañoso para la vida de los vivos (Baudrillard, 1980: 213-214).

La muerte así se convierte en el último eslabón que integra el engranaje del sistema técnico. Con su tecnificación se cierra el círculo en el que nos ha cercado el mundo, que no olvidemos, ha creado el ser humano. En su afán integrador, el fenómeno técnico ha deflagrado el último elemento simbólico que le quedaba al “Ser para la muerte” que denominó Heidegger. La eficiencia queda consumada espacialmente en la «exterritorialidad de la muerte» (Baudrillard, 1980: 215), cremación como summum de

lo pulcro, de la perfección de «la liquidación discreta y el vestigio mínimo» (Baudrillard, 1980: 215).

Retomando una vez más al Baudrillard en este punto:

En todas partes acosada y censurada, la muerte reaparece por doquier. No como folklore apocalíptico, tal como obsedió la imaginación viva de ciertas épocas; pero precisamente desprovista de toda sustancia imaginaria, pasa a la realidad más banal, toma para nosotros el aspecto del propio principio de racionalidad que domina nuestra vida. La muerte, esto es que todo funcione y sirva para algo, es la funcionalidad absoluta, descriptiva, cibernética, del entorno urbano [...] Es el fantasma de la programación total, esa puja de previsibilidad, de exactitud, de finalidad no solamente en las cosas materiales, sino en la realización del deseo. En una palabra, la muerte se confunde con la ley del valor. Y particularmente con el valor estructural mediante el cual todo queda fijado como diferencia codificada en un nexo universal de relaciones. (Baudrillard, 1980: 218-219)

Una última anotación respecto a este punto y que Baudrillard perfila en sus análisis sobre la muerte en nuestro entorno hiperreal. Entendiendo que para este nuevo paradigma y contraviniendo sobre todo al principio de racionalidad del sistema técnico propuesto por Ellul:

[...] la muerte es inhumana, irracional, insensata, como la naturaleza cuando no está domesticada (el concepto occidental de «naturaleza» es siempre el de una naturaleza rechazada y domesticada). No hay muerte buena sino vencida, y sometida a la ley: tal es el ideal de la muerte natural. (Baudrillard, 1980: 190)

Así pues, la muerte es ahora un asunto técnico. No solo el morir, en términos heideggerianos la «vivencia del dejar de vivir fáctico», sino también como *Daseinsunmöglichkeit*.

De esta manera y siguiendo la máxima de Ellul: «Un problema técnico exige una solución técnica» (Ellul, 1964:302). Podemos añadir a nuestro análisis las observaciones que postula en los últimos capítulos de su libro *La religión de la tecnología*, David F. Noble, donde se nos alerta sobre los avances tecnológicos en materia de vida, envejecimiento y muerte. Remitiendo a las palabras de científicos notables en la materia, Noble afirma que: «La tecnología microelectrónica y la ingeniería genética pronto nos darán la capacidad de crear nuevas formas de vida in silico, además de in vitro» (Noble, 1999: 204), permitiéndonos así: «[...] la creación de vida y su optimización» (Noble, 1999: 215).

La voz crítica de Baudrillard nos alerta en este punto, fundamentalmente en la obra *La ilusión vital* con las siguientes palabras:

Después de la gran revolución en el proceso evolutivo (la llegada del sexo y de la muerte) aparece la gran involución: su objetivo es, a través de la clonación y de muchas otras técnicas, liberarnos del sexo y de la muerte. Donde una vez las criaturas vivas se esforzaban, a lo largo de millones de años, por liberarse de esta clase de incesto y de entropía primitiva, ahora nosotros nos encontramos, a través de los avances científicos mismos, en el proceso de recrear precisamente esas

condiciones. Estamos trabajando activamente en la «des-información» de nuestra especie a través de la anulación de las diferencias. (Baudrillard, 2010: 7-8)

Concluyendo este capítulo, Baudrillard tomado las palabras de Bataille, sentencia que: «El pensamiento de un mundo donde la organización artificial asegurase la prolongación de la vida humana, evoca la posibilidad de una pesadilla» (Baudrillard, 1980: 180).

TERCERA PARTE:

**LA LIBERTAD DENTRO DE LA HIPERREALIDAD
TÉCNICA**

6. UNA LIBERTAD DIRIGIDA

No son pocas las metáforas que se han elaborado sobre la relación entre el ser humano actual y la técnica. Si bien, una de las más recientes y de mayor potencia alegórica es la elaborada por Almazán sobre: «El tren rompenieves», como espacio cerrado y controlado por un objeto técnico (Almazán, 2021: 133).

Tanto esta como cualquier otra serían válidas para representar dicha relación pero, de las aportaciones de Baudrillard sobre la hiperrealidad que conforman gran parte de nuestro trabajo, vemos coherente la utilización de una analogía que tiene que ver con el mundo del videojuego.

Esta similitud, lejos de resultar trivial, se basa en la constatación del fenómeno video-lúdico como uno de los acontecimientos definitorios de nuestra sociedad actual.

En el videojuego, podemos conjugar tanto las posturas de Ellul, de Baudrillard y la de una multitud de autores más que han abordado como la técnica y la tecnología configuran nuestro cosmos actual. Además, por su relativa novedad, su constante innovación, su capacidad de filtrarse a través de todas las dimensiones de la sociedad contemporánea (simuladores, realidad aumentada, sexo virtual, uso recreativo...) y su repercusión a nivel mundial; nos parece óptimo dicho paralelismo en su aplicación al campo de la libertad humana. De esta forma:

Como ha dicho Johnson (2001), los videojuegos son, en realidad, herramientas de conceptualización y, como tales, tecnologías, que no solo sirven para pensar el mundo de lo real si no que ayudan a que el individuo pueda pensarse a sí mismo dentro de un mundo. Lo que las hace funcionar son, claramente, la inmersividad, el iconismo, la simulación y el trabajo psicológico que inducen. (Mendizábal, 2004: 18-19)

Las nuevas generaciones pueden ser consideradas, desde la perspectiva que proponemos como «nativos digitales» (Prensky, 2001, como se citó en Morales, 2021: 171). Su relación con mundo tecnológico es cada vez más «micro, directa y personalizada» (Fernández-Vicente, 2020: 16), sumado esto con el avance cada vez mayor del concepto «*User-friendly*» (Fernández-Vicente, 2019: 872) y la constante mejora de las inteligencias artificiales (IA) a través del *Machine learning* (Fernández-Vicente, 2020: 11) hace que el uso del término «tecnopersonas» (Echeverría, 2017, como se citó en Marín-Casanova, 2018b: 187) sea hoy más pertinente que nunca. Podemos concluir este apartado, afirmando que en nuestra sociedad actual se aúna tanto la antropomorfización de la técnica, como el tecnomorfismo de la humanidad (Almazán, 2018: 601) provocando a su vez, en los habitantes de este mundo técnico y tecnológico, la asunción de un rol cada vez más «pasivo y heterodirigido» (Fernández-Vicente, 2020: 7).

Si nos centramos en la libertad como punto clave de nuestros análisis en este apartado, nos valdremos de los estudios centrados en esta temática con el objetivo de sustentar nuestra propuesta.

En su fantástico libro *Máquinas de pensar videojuegos, representaciones y simulaciones de poder*, a la que ya hemos hecho alusión anteriormente, Rodrigo Mendizábal nos habla

de los videojuegos como «tecnologías tecnoculturales». Así, a través de la interacción con sus realidades:

[...] es posible efectivizar el cambio del mundo al producir técnicamente la realidad erigiendo el simulacro como base política y cultural. Ellos aproximan a nuevas verdades. Al situarse el jugador en un espacio utópico tras ese desplazamiento espacial, de esa impugnación, de esa relación de crisis con su propio espacio, y al subsumirse en el entorno proximal, lo distal supone entonces espacio y mundo ideal que no solo son posibles si no que ahora pue den ser reales. Los videojuegos cumplen el propósito de las tecnologías de poder si es que por estas se domina y sus trae al cuerpo, además que como tecnologías del yo llevan a exacerbar la felicidad tras una aparente liberación del individuo de su propio cuerpo. (Mendizábal, 2004: 62)

Tomadas estas premisas iniciales como base para nuestra argumentación, nos apoyamos ahora en los argumentos aportados por Navarro en su tesis universitaria y que posteriormente dio lugar al libro homónimo. En *Libertad dirigida*, se sostiene que la libertad en el videojuego se basa tanto en la representación del jugador como en la flexibilidad de la estructura del sistema, siendo ambos componentes interdependientes y complementarios (Navarro, 2013: 14). Así, si sustituimos únicamente el término jugador por el de individuo, la correlación entre nuestra propuesta y la del autor resulta operativa.

Si ya hemos visto a lo largo de nuestro estudio que la sociedad analizada por nuestros dos autores principales contempla, integra y dirige la mayoría de los modelos de comportamiento del individuo en todas las fases de su vida, la afirmación que a continuación se presenta es trascendental a la hora entender nuestra actual concepción de libertad. Siendo así que: «A través del avatar y la estructura, el jugador adquiere una encarnación dentro del videojuego que sitúa su punto de vista y delimita sus posibilidades de acción» (Navarro, 2013: 14).

Tanto el modelo o modelos que asumimos dentro de la sociedad tecnológica, como la estructura de la misma, ya nos sitúan en una determinada posición respecto al todo y al mismo tiempo, configura nuestro horizonte de posibilidades.

Al igual que como sostiene Ellul con respecto a la relación entre el ser humano y el sistema técnico, también para Navarro: «No hay videojuego sin jugador que lo ejecute y modifique» (Navarro, 2013: 22). Pero estas modificaciones, ya están contempladas por el mismo sistema. Si como hemos señalado a lo largo de nuestro análisis, el sistema técnico por su propia lógica interna, contempla y dirige la mayor parte de las acciones humanas pero, como también hemos comentado, el ser humano no desarrolla el potencial exigido por la técnica en ambientes excesivamente constrictivos; se deduce que el propio sistema necesita de la espontaneidad, de la creatividad y de la satisfacción del individuo para favorecer el correcto y continuo crecimiento que impone. De esta forma el autor describe los siguientes puntos a la hora de hablar de libertad dentro del fenómeno video-lúdico:

- Libertad para explorar e interactuar con los elementos del sistema (conjuntos de acción– reacción).

- Libertad para adoptar diferentes estrategias a la hora de resolver los problemas planteados por el sistema.
- Libertad para personalizar el contenido y generar contenido propio.
- Libertad para modificar la estructura, creando un camino propio de entre muchos posibles. (Navarro, 2013: 23)

Hemos de recalcar, a la luz de lo expuesto, que en el caso del jugador-individuo todos los elementos que definen su libertad «surgen de decisiones conscientes en el proceso de diseño y han de ser creados por los autores» (Navarro, 2013: 23). De esta forma, el sistema no se basa en la articulación conjunta de libertades individuales sino en la confección de un universo donde tal libertad está encaminada hacia unos objetivos determinados y enmarcada dentro de unos límites perfectamente definidos. A lo dicho se añade, como ya describió el propio Ellul: «Terrorismo silencioso», siendo este la manipulación sistemática de la conciencia del individuo que obstaculiza cualquier resistencia a la técnica (Tijmes, 2002: 130).

Volvemos a la analogía del videojuego en este punto ya que, de nuevo, Navarro sostiene:

Mientras más posibilidades de interacción ofrezca una obra jugable, mayor será la libertad que tenemos dentro de esta obra. Por ello resulta tentador adoptar una sencilla ley que dicte que cuanto mayor sea la interactividad del videojuego, mejor será su diseño. (Navarro, 2013: 22)

Ponemos el foco en la palabra diseño. Si tomamos los estudios de Baudrillard sobre el acontecimiento de la hiperrealidad en nuestro entorno actual, sumado al perfeccionamiento inherente al propio sistema técnico, podemos deducir que el diseño técnico y tecnológico que ha dado lugar a nuestro mundo nos resulta prácticamente invisible: «Más real que lo real» (Baudrillard, 2010: 28). De esta manera, a lo largo de su obra *El sistema de los objetos*, el autor afirma con respecto a esto que: «La naturaleza, por entero, reinventada conforme al principio técnico de realidad, es un simulacro total de naturaleza autómeta» (Baudrillard, 1969: 133).

De esta forma, tomamos un fragmento de la tesis de Navarro e incorporamos los elementos de nuestra perspectiva con el fin de ilustrar completamente la analogía propuesta:

La libertad dirigida es el margen de acción que el sistema técnico, permite al individuo a través de la comunicación con el sistema. Toda acción de éste está previamente contemplada en sus reglas y su comportamiento es guiado, de forma más o menos firme, durante toda la vida. (Navarro, 2013: 23)

Concluimos tras esta cita en que, en el mundo de la hiperrealidad técnica compuesto de simulacros, la libertad también constituye una simulación.

7. DETERMINISMO TECNOLÓGICO

Junto con otros autores que han abordado desde distintas perspectivas el fenómeno técnico como fueron Karl Marx, Ernst Jünger, Martin Heidegger, Lewis Mumford, Herbert Marcuse, Langdon Winner, Lynn White Jr., John Kenneth Galbraith, Marshall McLuhan, Alvin Toffler, Robert L. Heilbroner, Neil Postman, etc. (Diéguez, 2005: 70). El propio Ellul no ha escapado a esta catalogación.

De esta forma, muchos de los pensadores que han considerado los análisis de Ellul como determinista concentran sus críticas en el aparente holismo de las ideas ellulianas con respecto al sistema técnico en el que nos vemos inmersos al igual que en su tendencia a hipostasiar la técnica como fuerza imparabile que anula el resto de dimensiones humanas. (Diéguez, 2005: 74)

Siguiendo el hilo de estas críticas, en el ilustrativo artículo *You mean my whole fallacy is wrong* y en el punto referente a la obra de Ellul, el autor mantiene la contradicción existente entre el énfasis del pensador francés en señalar la dominación que ejerce la técnica sobre todos los estratos de la vida humana, al igual que la progresiva sutileza que toma dicha dominación y su contraste con el rechazo al fatalismo que supondría la aceptación de la inevitabilidad de un cambio, por parte de los seres humanos, del propio sistema. De esta forma, sostiene el autor del artículo que al hablar de la libertad de los individuos, Ellul utiliza argumentos en los que: «Cualquier marxista, feminista, teórico crítico de la raza, liberal, libertario o anarquista podría encontrar algo aquí que le guste» (Peters, 2017: 21).

Tras estos comentarios, sostenemos que tanto la postura de Ellul, como la propuesta de nuestro estudio derivada de sus obras (al igual que con Baudrillard), no suponen una descripción determinista de las diversas formas de dominación técnica en vida del ser humano actual, sometido incuestionablemente a los designios del denominado sistema técnico.

Pese a que, como ya hemos mencionado con anterioridad, la expansiva informatización y digitalización del mundo hayan producido la mercantilización y burocratización de ámbitos como la amistad, el amor o la autoestima (Almazán, 2021: 81), que pese a que la idea de progreso suponga casi una cosmovisión en la que este: «No es sólo una idea, tampoco es una ideología ni una religión. Es, de alguna forma, todo a la vez» (Almazán 2021: 39) y que pese a, como bien sostiene Ellul: «Hay una especie de constante de las revoluciones: cada vez que se termina una revolución, el Estado sale de ella crecido, mejor organizado, más eficaz y abarca más campos de intervención» (Almazán, 2018: 597); no por ello debemos también obviar el reverso de estos acontecimientos. Como bien sostiene de nuevo Almazán en su tesis:

Por un lado, es un error ver en el recrudecimiento de las lógicas de la sociedad industrial de las últimas décadas simplemente un movimiento de disolución. El poder creador de nuevas subjetividades, deseos y horizontes vitales del nuevo mundo que surgió tras la enorme crisis de los años setenta ha sido enorme. Pero cada vez más los seres humanos sujetos a sus imperativos desquiciados van percibiendo lo irrazonable de sus fundamentos. Además, la destrucción del

caparazón defensivo del Estado del Bienestar está generando cada vez más desprotección social que viene acompañada de un malestar creciente. (Almazán, 2018: 608)

El sistema planteado por Ellul a lo largo de su obra nunca elimina la decisión individual ni la rebelión. De esta manera, tanto la labor de Ellul como de Baudrillard que hemos intentado plasmar con nuestro análisis consiste en: «Desenmascarar las formas de existencia que nos impone el sistema técnico a través de esquemas racionales» (Marian, 2020: 174).

Afirmar que el modelo de Ellul es determinista significa obviar el constante énfasis que pone el autor en señalar la tensión entre sistema técnico y sociedad técnica, generadora de conflictos y desordenes internos, al igual que la conflictividad existente entre los diferentes subconjuntos de dicha sociedad técnica (Ellul, 1980: 15). Si bien la mayoría de estos subconjuntos son partícipes del impulso totalizador de la técnica, encontramos también ese «todo otro» compuesto por «elementos impredecibles, incoherentes e irreducibles» (Almazán, 2016: 80) que escapan del dominio técnico y son elementos perturbadores del orden establecido por el sistema.

Esta tensión de la que hablamos, queda sintetizada de manera excepcional en el artículo *Jacques Ellul, entre el pesimismo sociológico y la esperanza bíblica* en el que se sostiene que:

Para Ellul, el hombre está determinado, pero puede sobreponerse a esta determinación por el ejercicio de su libertad. El primer paso hacia la libertad es el reconocimiento de su antítesis, la necesidad, el determinismo. En la sociedad moderna, la forma de determinismo más peligrosa es el fenómeno técnico. No se trata de negarlo, sino de trascenderlo por un acto de libertad. (Tijmes, 2002: 125)

Afirmar el determinismo tecnológico en su obra, aparte de incurrir en una falacia de composición, anula la importancia fenómenos que combaten el sistema como los que describe Almazán:

La defensa del territorio, las resistencias al extractivismo y el monocultivo, la oposición a las grandes infraestructuras inútiles, la lucha contra la digitalización e informatización del mundo, el antifascismo en los barrios, la protección de la biodiversidad, el feminismo, etc. En todas estas luchas late el convencimiento y la comprensión, de que es necesario una ruptura radical con lo existente. (Almazán, 2021: 148)

En el propio epílogo del libro, el pensador Andoni Alonso nos habla de la importancia de tomar conciencia del sistema técnico, de lo meritorio de señalar sus manipulaciones, sus opresiones y sus perjuicios para la humanidad (Almazán, 2021: 164).

Podemos concluir este apartado, señalando que tanto los análisis de Baudrillard y Ellul, como sus posteriores recepciones, parecen remitir a las palabras de otro de los grandes estudiosos de la naturaleza humana: José Saramago. Con estas reveladoras palabras se inicia *Ensayo sobre la ceguera*:

Si puedes mirar, ve. Si puedes ver, repara.

8. CONCLUSIONES

A modo de inicio de este apartado final, no puedo evitar señalar la complicada tarea que resulta elaborar una síntesis reflexiva a partir de lo expuesto a lo largo del trabajo.

Si al principio la principal adversidad que encontré en su elaboración fue tanto la ausencia de traducciones como la dificultad para encontrar las obras de Ellul, solventado este primer obstáculo, me topé con otro no menos crucial. La magnitud, densidad y variedad de temas tratados por Ellul a lo largo del su tríptico canónico sobre la técnica (*La edad de la técnica*, *El sistema técnico* y *La sociedad tecnológica*) y que han sido el núcleo duro a la hora de estructurar el trabajo, daban poco pie a la elipsis apresurada o a la lectura ligera. Espero que este trabajo pueda dar testimonio de que no se ha incurrido en ninguno de estos dos aspectos.

El otro gran condicionante ha sido la figura Baudrillard. El segundo autor de referencia de este estudio. Su escritura pretendidamente compleja, poblada de neologismos, ecléctica y en algún caso casi febril; si bien permiten una conexión visceral con el lector ante el mensaje transmitido, favorece a que uno pueda perderse en sus múltiples giros. Sobre todo en su fase final, cuando su estilo se vuelve más críptico y aforístico, ha supuesto todo un reto para alguien que no es nuevo en la lectura filosófica.

Todos estos elementos han conducido a la inclusión de citas extensas del autor a lo largo de este trabajo. Pese al intento, en muchas ocasiones, me he visto incapaz de cortar el argumento sin que el mensaje quedara adulterado.

Por último, el otro gran escollo en la confección de este TFM no ha sido otro que yo mismo. Siendo el ser humano el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, la misma megalomanía que definió mi experiencia en la realización de mi TFG me ha acompañado durante este trabajo. No es objeto de aflicción el haber leído de más (algo irrisorio para alguien que desea dedicarse a la filosofía), ese conocimiento, si es que he alcanzado captarlo, forma parte de mí y es mayor recompensa que cualquier calificación. La desazón surge más bien, del hecho de saber que he dejado atrás mucho de lo que quería decir.

Mencionado esto, me centraré en desarrollar las conclusiones del estudio realizado que creo responden, en su mayor parte, a los objetivos expuestos en la introducción.

En primer lugar, enmarcar el sistema técnico dentro de la propuesta wittgensteiniana de *Lebensform* nos ha permitido abordar los componentes que implica dicha propuesta, centrándonos en como la técnica los ha transformado según la propia lógica del sistema.

En dicho apartado hemos expuesto como la técnica ha transformado, mediante la estandarización, simplificación y codificación; al lenguaje humano en un mero vehículo de transmisión de datos. También hemos señalado lo fundamental de poner el foco en que todos los procesos concernientes al lenguaje, no suponen más que un ejemplo claro de la eliminación por parte de la técnica de la capacidad de simbolizar del ser humano.

De la conjunción de los análisis de Baudrillard y Ellul se ha demostrado como, pese a la pluralidad y transformación inherentes al modelo wittgensteiniano, el monismo impuesto por la técnica ha suprimido tanto la ambigüedad constitutiva del lenguaje como la posibilidad de un pensamiento dialéctico. Dichos componentes impiden el surgimiento

de nuevas formas de vida alternativas a la *Lebensform* técnica, lo que confirma la tesis elluliana sobre la no neutralidad de la misma. Se puede concluir con ello que la forma de vida técnica es la única existente dentro del sistema técnico.

Otro de los puntos que hemos señalado a este respecto en nuestro estudio es que, mediante las contribuciones de Baudrillard, el lenguaje tecnificado ha conseguido tener una correspondencia unívoca con el mundo. De esta forma y debido a la destrucción de lo real por parte del fenómeno técnico, el ser humano se desenvuelve en un entorno hiperreal, que no es otro que el impuesto por el sistema técnico.

En un segundo término, el deseo, como elemento constitutivo de la forma de vida también ha sido analizado bajo estas mismas premisas. Como se ha demostrado, el deseo estandarizado a través de la manipulación emotiva y psicológica que ejerce la publicidad (*Mass media* más importante de nuestra época), se aleja de sus características originales ya que, mediante el control técnico de la espontaneidad e irracionalidad del impulso afectivo, este ha dado paso a un fenómeno controlado y continuo que responde únicamente a la creación infinita de necesidades por parte del sistema hiper-consumista.

El tercer elemento de nuestros análisis en este aspecto se ha centrado en explicar cómo, desde la postura de ambos autores, el cuerpo ha sido tecnificado y convertido en objeto de consumo. Centrándonos en este punto, en el capítulo referente a la tercera edad y enmarcado dentro de la biografía del ser humano técnico, hemos analizado como la simbología original atribuida al cuerpo, a la enfermedad o a la muerte han sido restituidas dentro de los códigos impuestos por la sociedad de consumo, en el que se encuentra insertado a su vez el sistema técnico. A través de los estudios llevados a cabo se ha determinado que la concepción de la corporalidad a través del paradigma científico, junto con la progresiva intervención tecnológica, producen que el cuerpo y sus transformaciones sean vistas como una mercancía más dentro de la estructura del sistema.

Si nos hemos centrado en el caso de la muerte ha sido para incidir en que la manipulación técnica del espacio y el tiempo, en los que se encuentra actualmente dicho fenómeno, anulan la ritualidad y trascendencia social de la misma convirtiéndola así en un simulacro.

Finalmente, en lo referente al cuerpo, hemos expuesto como las nuevas técnicas genéticas y biomédicas, que desde la opinión pública mayoritaria avanzan para impedir la enfermedad, el envejecimiento e incluso el propio hecho de morir, tienen su reverso en la involución que conlleva la modificación del último código que establece la individualidad de los seres humanos. Mediante la estandarización del código genético se produciría, finalmente, una integración total del ser humano en el cosmos técnico.

A continuación enumeramos una serie de características derivadas del paradigma planteado.

En primer lugar hemos expuesto como, tanto para Ellul como para Baudrillard, el consumo es un acto simbólico. A partir de ambos autores, apoyados en el modelo de Técnica como *Lebensform*, hemos expuesto como la sociedad de consumo es la única viable para el desarrollo sistema técnico. De todo esto puede concluirse que detrás de la totalización técnica no hay ningún tipo de imperativo económico. Para la constitución del sistema técnico en una sociedad, esta necesita de la movilización técnica total. El propio consumo es concebido, de esta manera, como un hecho técnico.

Como hemos sostenido, la totalización del sistema técnico requiere que todas las parcelas de la vida del individuo se encuentren enmarcadas dentro de sus directrices. Por un lado, hemos demostrado como las diversas instituciones por las que pasa el individuo a lo largo de su vida están sometidas a criterios técnicos con el fin de adoctrinar a dicho sujeto dentro de los estándares del sistema.

Paralelamente a este suceso, tanto las mismas instituciones como los *Mass media*, cumplen la función de integrar al ser humano dentro de las dinámicas consumistas.

Ambos mecanismos, lejos de fomentar la creación de individuos pasivos, favorecen la creatividad en los sujetos mediante las técnicas del inconsciente, pero dicha creatividad siempre es redirigida hacia el perfeccionamiento del propio sistema. De la misma forma, la publicidad dirige el consumo mediante la implementación de la idea de una felicidad equivalente a la satisfacción incesante de necesidades creadas por la sociedad de consumo.

Como hemos analizado, en todos estos acontecimientos el sujeto actúa únicamente como elemento social, tanto a nivel institucional como consumista. De tal manera que si el ser humano, dentro de la hiperrealidad técnica, se define por su funcionalidad en el sistema además de por su capacidad de consumir, en ninguna de estas dos esferas manifiesta su individualidad.

Así, como hemos expuesto, la noción de individuo ha sido desintegrada en pos de la sociedad de masas. Todos los aspectos que originalmente constituían manifestaciones de su singularidad, a través de la mediación, codificación y modelamiento de la técnica, han sido socializados. Como hemos desarrollado en nuestro estudio, puede deducirse que en el mundo actual, todas las funciones y todas las necesidades son colectivas.

Paralelamente a esto, la expansión de la técnica ha configurado la totalidad del espacio y del tiempo. De esta forma, el tiempo ha sido codificado según los patrones técnicos diluyendo los ritmos naturales o tradicionales que configuraban la experiencia humana pre-técnica.

Lo mismo sucede con el espacio. Las nociones de intimidad o soledad se han vuelto abstractas debido a su mediación por elementos tecnológicos. Ya sea en la escuela, el trabajo, la familia o la muerte; todo se halla inscrito en el código y mediatizado por la Técnica.

Y si se ha suprimido al individuo, también hemos expuesto como se ha eliminado la alteridad. Mediante la implementación de la tecnología no hay cabida ni para la reflexión personal ni para una verdadera relación humana. En nuestros análisis, hemos demostrado como la técnica ha invadido todos los espacios de la vida humana sustituyendo los anteriores patrones de relación. Hemos expuesto como todas las nuevas interacciones se basan en el criterio de eficiencia, lo que a su vez produce la optimización del sistema técnico.

Concluyendo este apartado, hemos incidido en la importancia de poner el foco en que, al igual que tanto las instituciones, los *Mass media* o los nuevos medios de entretenimiento determinan a los individuos, también estos les impiden ser conscientes de dicho control. Mediante la sofisticación de las técnicas de persuasión y la perfección de la organización,

el ser humano se encuentra anestesiado. Aunque la Técnica necesite del ser humano, este debe ser previamente tecnificado.

De esta forma, hemos determinado que pese a que la totalización de la técnica en todas las dimensiones de la vida requiere de la presencia del sujeto, este juega un rol exclusivamente técnico en todas ellas. Si se requiere de su presencia técnica también se necesita de su ausencia humana. De tal manera que pese a que siempre estamos haciendo algo (técnico), en dicho quehacer nunca hacemos nada con nosotros mismos. Es imposible reconocerse en ningún elemento de nuestra vida. Se puede concluir, en terminología de Baudrillard, que estamos ante el simulacro de un ser humano.

Del compendio de todos estos fenómenos, puede afirmarse que el avance sin precedentes de la Técnica junto con la constatación de un entorno hiperreal, derivado a su vez de los avances tecnológicos centrados en la codificación, organización y metamorfosis del mundo, y finalmente la instauración de una sociedad unidimensional basada en el consumo de masas; se basan en factores exclusivamente técnicos. Como hemos sostenido a lo largo de este estudio, siguiendo siempre las premisas ellulianas, el resto de esferas sociales se hallan supeditadas a los criterios de autonomía, racionalidad, totalización, unidad y artificialidad propios de la dimensión técnica. Esto es aplicable a nivel micro-sociológico, como hemos explicitado en la biografía del ser humano común y a nivel macro-sociológico como resultado de la des-individuación que conlleva la propia de la sociedad técnica.

Finalmente, la última parte del trabajo es quizá la más controvertida. En ella hemos sostenido la posibilidad de aunar todo el contenido de las secciones anteriores y aplicarlo a la noción de libertad humana mediante una analogía sobre el mundo de los videojuegos. Como se ha sostenido en dicho capítulo, este modelo nos permite unir tanto la perspectiva elluliana como los estudios de Baudrillard y relacionarlos con un acontecimiento tan trascendental para nuestra sociedad contemporánea como es la dimensión video-lúdica.

Si el escenario dibujado tras las conclusiones, derivado de nuestros análisis sobre la vida del ser humano y su incapacidad de subvertir las imposiciones del sistema técnico, pudiese resultar a priori poco alentador, la calificación de nuestra postura como pesimista queda solventada (hasta cierto punto) en el último apartado de este trabajo. En este, se aportan argumentos sobre el error de considerar deterministas las posturas de Ellul al igual que su énfasis sobre la concienciación y la rebeldía, como actos de libertad humana, capaces de transformar el orden técnico preestablecido. Ambas nociones pueden aplicarse también a nuestro trabajo.

9. BIBLIOGRAFÍA

- Almazán Gómez, A. (2018). *Técnica y autonomía. Una reflexión filosófica sobre la no neutralidad de la técnica desde la obra de Cornelius Castoriadis*. Universidad Autónoma de Madrid.
- Almazán Gómez, Riechmann, J., & Alonso, A. (2021). *Técnica y tecnología : cómo conversar con un tecnólogo*. Taugenit.
- Almazán, A. (2016). El Sistema Técnico en la obra de Jacques Ellul. *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, (133), 65-81.
- Aqueveque, L. T. (2021). Ge-stell, simulacro y matrix: Dispositivos de sentido en Heidegger, Baudrillard y Holzapfel. *Comunicación y Hombre*, (17), 335-347.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. Siglo XXI de España.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Kairós.
- Baudrillard, J. (1980). *El crimen perfecto*. Anagrama.
- Baudrillard, J. (1980). *El intercambio simbólico y la muerte*. Monte Ávila editores.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo : sus mitos, sus estructuras*. Siglo XXI de España.
- Baudrillard, J. (2010). *La ilusión vital*. Siglo Veintiuno de España.
- Costa. (2008). *Diseñar para los ojos* (2ª ed.). Costa Punto Com.
- Diéguez, A. (2005). El determinismo tecnológico: indicaciones para su interpretación. *Argumentos de Razón Técnica*, (8): 67-87.
- Drivet, Leandro. (2016). Más allá del patriarcado: la niñez y la maternalidad en Nietzsche. *Desidades*, 11, 41-50. Recuperado el 23 de junio de 2023, de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2318-92822016000200005&lng=pt&tlng=es

- Durham Peters, J. (2019). You Mean My Whole Fallacy is Wrong: On Technological Determinism. *You Mean My Whole Fallacy is Wrong: On Technological Determinism*, 26–34. <https://doi.org/10.36165/3016>
- Ellul, J. (1964). *The Technological Society*. Recuperado de: [The Technological Society | The Anarchist Library](#)
- Ellul, J. (1980), *The Technological System*. Recuperado de: [The Technological System | The Anarchist Library](#)
- Ellul, J. (2003). *La edad de la técnica*. Octaedro.
- Fernández Bascones, E. (2021). El transhogar: la fusión entre lo público y lo privado por las nuevas tecnologías / The trans- home: the fusion between the public and the private ambit through the new technologies. *Argumentos de razón técnica*, 24, 64–91. <https://doi.org/10.12795/argumentos/2021.i24.03>
- Vicente, A. F. (2019). Caminar en la era del smartphone. *Revista Mexicana de Sociología*, 81(4), 855–880. <https://www.jstor.org/stable/26841480>
- Fernández, M. S. (2020). *Del Goce a la descomposición: los cuerpos en el imaginario de la sociedad pornográfica*. Universidad de Sevilla.
- Fernández, P. M. (2018). Los jardines imaginarios del sujeto contemporáneo: Simulación, pastiche y locura. *Teoría, política y sociedad: Reflexiones críticas desde América Latina*, 493-510.
- González, J. A. (2020, septiembre 22). La filosofía de Byung-Chul Han, una aproximación. *Humanitas.cl*. <https://www.humanitas.cl/filosofia/la-filosofia-de-byung-chul-han-una-aproximacion>.
- Harari, & Ros, J. (2014). *Sapiens de animales a dioses : breve historia de la humanidad*. Debate.

- Herraiz, A. R. (s/f). José Ortega y Gasset: el deporte como metáfora. <https://doi.org/10.5232/ricyde2010.023>
- Jeronimo, H. M., Garcia, J. L., & Mitcham, C. (Eds.). (2013). *Jacques Ellul and the technological society in the 21st century* (2013a ed.). Springer.
- Jünger, E. (1993). *El trabajador : dominio y figura* ([2a ed.]). Tusquets.
- Leocata, F. (2003). *Persona, lenguaje, realidad*. EDUCA.
- Linares, J. E. (2008). *Ética y mundo tecnológico*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Marcuse, H. (2009). *El hombre unidimensional: ensayo sobre la ideología de la sociedad*. Ariel.
- Marian, M. (2019). Günter Anders y la alteración de la realidad. *Alia*, 8, 7–12. <https://doaj.org/article/ac518d8f8ed74d50938ab7477d1ecb4e>
- Marian, M. (2020). El concepto de técnica en Jacques Ellul. *Ariadna Histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas.*, (9), 153-175.
- Marín-Casanova, J. A. M. (2018a). El impacto ontológico de las tecnologías de la información y la comunicación. In CUICIID 2018: congreso Universitario Internacional sobre la comunicación en la profesión y en la Universidad de hoy. Contenidos, investigación, innovación y docencia (p. 1444). Historia de los Sistemas Informativos.
- Marín-Casanova, J.A. (2018b). La resemantización TIC de la cultura humanista. *Índex. Comunicació*, 8 (1), 179-195.
- Marrades, J., Mumford, L., Gille, B., Jaspers, K., Heidegger, M., Ortega, J., Gasset, E., Jünger, J., Patocka, J., Ellul, H., Marcuse, T., Adorno, M., & Foucault, H. J. (s/f). El cuerpo ante la máquina. Roderic.uv.es. Recuperado el 23 de junio

- de 2023, de <https://roderic.uv.es/bitstream/handle/10550/66711/114-130.pdf?sequence=1>
- Mendizábal, I. R. (2004). *Máquinas de pensar: videojuegos, representaciones y simulaciones de poder*. Editorial Abya Yala.
 - Morales Carrillo, J. T. (2022). El problema ontológico en la era digital. *Argumentos de Razón Técnica*, 25, 137-179.
 - Navarro Remesal, V. (2013). *Libertad dirigida: análisis formal del videojuego como sistema, su estructura y su avataridad*. Universitat Rovira i Virgili.
 - Noble, D. (1999). *La religión de la tecnología: la divinidad del hombre y el espíritu de invención*. Paidós.
 - Noble, D. (2001). *La locura de la automatización*. Alikorno.
 - Ortega y Gasset J. (1968). *Meditación de la técnica*. Revista de Occidente.
 - Palacios, V. H. (2019). El cuerpo, el rostro y la identidad del yo. Apuntes sobre la corporalidad humana en un tiempo de transformaciones. *En-claves del pensamiento*, 13(25), 35-56.
 - Parente, D. (2010). *Del órgano al artefacto: Acerca de la dimensión biocultural de la técnica*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP).
 - París, C. (1984). *Crítica de la civilización nuclear* (Vol. 8). Ediciones Libertarias.
 - Riechmann, Almazán Gómez, A., Madorrán Ayerra, C., & Santiago Muiño, E. (2018). *Ecosocialismo descalzo: Tentativas*. Icaria.
 - Tijmes, P. (2008). Jacques Ellul, entre el pesimismo sociológico y la esperanza bíblica. *Boletín CF+ S*, (37), 123-134.
 - Whyte, W. (1961). *El hombre organización*. Fondo de Cultura Económica.

